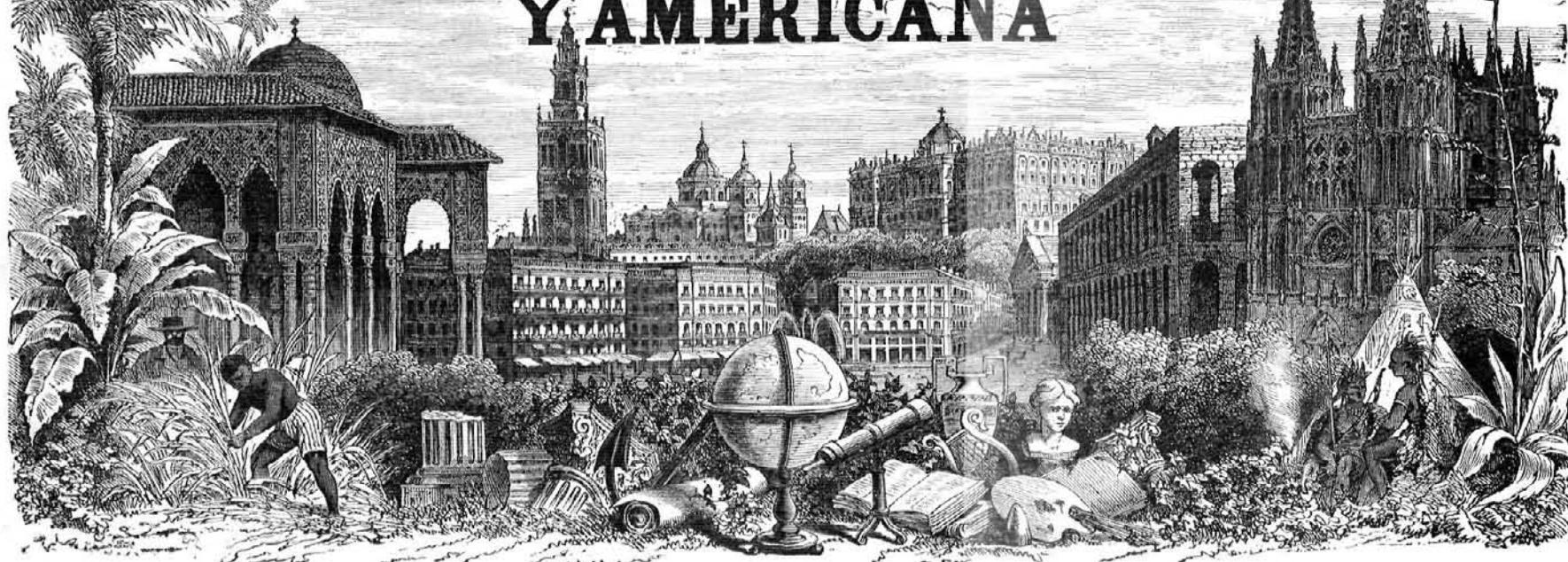


# LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA



## PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid. . . . .	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias. . . . .	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal. . . . .	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

## AÑO XVII.—NÚM. VIII.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS  
ADMINISTRACIÓN, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid, 24 de Febrero de 1873.

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico. . . . .	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas. . . . .	15 id.	8 id.

En las demás Américas fijan el precio los Sres. Agentes.

## SUMARIO.

**TEXTO.**—Revista general, por D. Peregrín García Cadena.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—Últimos momentos de la dinastía de Saboya en España, por D. A. Pirala.—Goethe y Byron: el *Fausto* y el *Dón Juan*; por D. Joaquín Sánchez de Toca.—*Francisco Fisacri*, cuadro de D. Ricardo Navarrete; por D. Ángel Avilés.—Gertrudis Gómez de Avellaneda, por D. Teodoro Guerrero.—*Una ligerrima poesia*, por D. L. Sipos.—La novela de un joven rico (continuación), por D. Carlos Frontaura.—Antonio Selva, por D. Antonio Peña y Goñi.—Lo escrito de las mujeres (continuación), por D. Manuel Valcirel.—Suelto.—Anuncio.

**GRABADOS.**—Retrato de D. Gertrudis Gómez de Avellaneda; por los señores Perea y Rico.—Madrid: El Presidente del Poder ejecutivo recomienda la calma y orden a una comisión de catalanes que pedía la libertad de los presos republicanos, en la carrera de San Jerónimo; por los Sres. Pellicer y Rico.—La bandera roja es colocada en la estatua de Mendizábal, por los Sres. Pellicer y Carretero.—Retrato de republicanos en el portal del Círculo conservador, por los Sres. Pellicer y Capuz.—Reconocimiento de la república española por el Gobierno de los Estados Unidos: llegada del embajador al palacio de la presidencia; por los Sres. Pellicer y Capuz.—Serenata a Emilio Castelar, ministro de Estado; por los Sres. Pradilla y Rico.—Bellas artes: *Francisco Fisacri*, cuadro de D. Ricardo Navarrete; por los Sres. Pellicer y Carretero.—Alegoría del Carnaval, por los Sres. Comba y Paris.—Madrid: Ensayo de una estudiantina antes del Carnaval; por los Sres. Pradilla y Laporta.—Mascarada de los barrios bajos; por los Sres. Pellicer y Rico.—Portugal: llegada de los ex-reyes de España a Elbas (frontera hispano-portuguesa); por los Sres. Urrabieta y Capuz.—Francia: sala-restaurant en la Asamblea de Versalles, donde los diputados reponen su estómago; por X.—Retrato del signor Antonio Selva, primer bajo profundo del teatro de la Ópera; por los Sres. Perea y Carretero.

## REVISTA GENERAL.

### SUMARIO.

Estado de la cuestión política en España.—Los primeros días de la república.—Sensatez del pueblo español.—Actitud de la prensa monárquico-liberal ante la república.—Los intransigentes.—Breves consideraciones.—La opinión de la prensa extranjera.—El *Times*, los periódicos prusianos, el *Sud* y el *Herald*, el *Journal de Paris*, el *Journal des Débats*, la *Liberté*.—Juicio de Mr. Thiers.—Reapertura de los teatros.—Español: *Del dicho al hecho hay gran trecho*.

En los momentos en que empezamos á dar cuenta de las impresiones de estos últimos días, no se ha borrado todavía de los ánimos el profundo asombro ocasionado por el rápido é inesperado cambio político que acaba de presenciar nuestro país. Verdad es que el advenimiento de una república erigida como por ensal-



Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: † 1º de Febrero.

mo sobre las cenizas aún calientes de una monarquía, advenimiento realizado sin dolorosos sacudimientos, sin efusión de sangre, en medio del orden más perfecto y de la cordura más ejemplar, suceso es muy a propósito para causar asombro y maravilla, aunque de él ofrezcan más de un ejemplo las recientes páginas de nuestra historia.

La sensatez de los primeros momentos no se ha desmentido después por ningún suceso de carácter general y grave, y si bien en algunas provincias, y especialmente en Andalucía, se han tenido que lamentar punibles actos de perturbación, es de esperar que estos gérmenes de desorden serán inmediatamente sofocados, y no llegarán a constituir una seria amenaza contra la causa del orden. Lo mismo podemos decir de las escenas de pillaje y devastación ocurridas en el Pardo y en la Casa de Campo. Estos excesos cometidos por una turba de merodeadores han sido instantáneamente reprimidos por los voluntarios de la república, que desde los primeros momentos se ofrecieron a velar por la tranquilidad pública, y no han sido causa ni pretexto de más profunda perturbación.

No es maravilla, pues, que la prensa de todos los matices haya prodigado tan unánimes aplausos al espíritu de prudencia y de cordura que ha presidido a la caída de la monarquía democrática y al inesperado advenimiento de la república, así como no nos parecen fuera de lugar los fervientes votos que en los momentos actuales hacen los amantes del orden por que los gérmenes de descontento que empieza a sembrar en el seno de la naciente república la impaciencia de los intransigentes, no lleguen a tomar proporciones amenazadoras para el orden público. A este efecto deseamos, y creemos que nos acompañará en el deseo la parte sensata del partido hoy llamado a acreditar en el poder sus principios de gobierno, que el voto de las Cortes Constituyentes, llamadas a determinar la forma definitiva en que ha de constituirse el gobierno republicano, será consultado con la brevedad que reclaman las circunstancias, a fin de dar al Poder Ejecutivo el vigor de que necesita estar revestido para hacer frente a los conflictos del porvenir, y definir la situación de manera que las diversas aspiraciones del partido republicano hayan de atenerse a una legalidad.

\*\*\*

Por lo demás, los partidos conservadores, por medio de sus órganos en la prensa, han acogido con muestras de gran benevolencia el gobierno provisional que la actual Asamblea soberana ha erigido sobre las ruinas del trono democrático: todos ellos desean que este nuevo ensayo a que sujeta al país la ineficacia de las soluciones revolucionarias se verifique en condiciones favorables al desarrollo de los principios republicanos, si bien es verdad que en la expresión general de este deseo se traduce ostensiblemente la creencia de que la institución de la república no es la llamada a cauterizar las fagatas del país y a enderezar por buen camino sus lastimados intereses. Para demostrar la sinceridad y el espíritu previsor a que obedece este sentimiento de benevolencia, y el deseo de que el partido republicano lleve a la práctica sin extraños gérmenes de prematura disolución sus principios de gobierno, los periódicos monárquico-liberales muestran especialísimo empeño en que el Gobierno Provisional arroje de su seno a los conversos de la monarquía democrática, y presentan a los recientes y naturales sostenedores de la caída dinastía saboyana como los aliados más funestos de la república.

No es la misión de esta crónica, destinada a abarcar de un golpe de vista tan diversos intereses de actualidad, sumergir la mirada en los horizontes del porvenir; pero si del pasado hemos de deducir consecuencias filosóficas—y esto si que nos parece lícito en la medida a que hemos de sujetar nuestros juicios,—el trono levantado en hombros de la revolución puede decirse que ha sido la piedra de toque en que se ha probado en definitiva la virtud creadora de los revolucionarios, que han creído compatible en España la monarquía con las libertades democráticas. Los revolucionarios franceses del 89, con más firmeza de miras, con más dotes de

entusiasmo, con espíritu más poderoso de innovación, intentaron de buena fe realizar este consorcio de la monarquía con la exaltación de la personalidad humana, y ya sabemos adónde les condujo la lógica implacable de los hechos. Allí las ruinas del trono fueron anegadas en sangre: nosotros podemos dar gracias a que há mucho tiempo que el derecho ha abierto las válvulas de la libertad, alejando la posibilidad de catástrofes tan dolorosas.

La república ha surgido tranquilamente de las ruinas del trono democrático, y el orden ha rodeado, desde los primeros momentos, esta institución, para nosotros desconocida en el escabroso terreno de la práctica. ¡Plegue a Dios que el ensayo se practique sin perturbar más hondamente los quebrantados intereses de este desdichado país!

\*\*\*

No se ha fijado aún el día en que hayan de reunirse los comicios para el nombramiento de las Constituyentes que han de establecer la forma en que ha de constituirse la república. Ignórase, por consiguiente, la duración que ha de tener el periodo de transición en que acaba de entrar el país, y cuya prolongación podría ser ocasionada a graves dificultades. Nada más urgente, a nuestro juicio, que definir y robustecer el poder público creado por la actual Asamblea, a fin de dominar en todas sus eventualidades la cuestión de orden público, y señalar una legalidad a las diversas aspiraciones del partido republicano. En este punto importantísimo no se traslucen aún las intenciones del Gobierno provisional, quien a juzgar por las apariencias, no parece muy resuelto a abbreviar el plazo de la interinidad. Nosotros, que sólo hablamos en nombre de los intereses generales y permanentes del país, creemos que las Cortes actuales, elegidas bajo los auspicios de la monarquía caída, no deben seguir legislando después del acto de soberanía que han llevado a cabo bajo la presión de las circunstancias, sin suscitar desconfianzas peligrosas en el seno del mismo partido a quien han confiado los destinos de la nación. Esto no puede ocurrir al clarísimo talento de los Sres. Figueras, Casterlar y Pi y Margall, a cuya previsión, a cuyo patriotismo está hoy fiada la causa del orden y los intereses, gravemente lastimados, de la sociedad española.

Las dificultades con que tiene que luchar la República al nacer son inmensas; y entre ellas ocupa lugar muy importante la guerra civil desencadenada en Cataluña y en las provincias vasco-navarras. Se había dicho estos días que el carlismo levantado en armas se hallaba dispuesto a deponerla, bajo la condición de que el Gobierno de la república declarase la separación de la Iglesia y del Estado, y de que aquel partido no fuese objeto en lo sucesivo de la intolerancia revolucionaria. La noticia no se ha confirmado, y antes bien, las últimas impresiones presentaban a los carlistas más confiados que nunca en el triunfo de su causa. Anunciándose la presencia de D. Carlos en San Juan de Luz, y todo anunciable el propósito de intentar un esfuerzo supremo.

Así, pues, la cuestión de orden público no presenta en esta parte perspectivas muy halagüeñas al Gobierno de la república, y comprendemos perfectamente que los hombres del 11 de Febrero no participen de los sentimientos hostiles que los republicanos intransigentes empiezan a formular contra el ejército. Este sentimiento de hostilidad no obedece en estos momentos críticos a ninguna mira patriótica, y tiende, por el contrario, a crear al Gobierno de la república la más seria y la más grave de las dificultades.

El patriotismo más ardiente aconseja, sin embargo, en los momentos actuales, a todos los hombres sensatos, y con mayor razon al partido republicano, no despertar antagonismos ni provocar divisiones que occasionen conflictos graves al país.

\*\*\*

En cuanto a la impresión que los acontecimientos políticos de España han producido en el exterior, ha comenzado ya a reflejarse en la prensa extranjera. El *Times* ha consagrado su primer artículo a la crisis por que atraviesa nuestro país. El más importante de los

periódicos ingleses no muestra gran fe en la estabilidad de la República, y presenta, no sabemos con qué fundamento, al Duque de la Torre como el único hombre que podría dar vida a esta forma de gobierno.

La prensa prusiana, cuyos recelos contra la política de la Francia son bien conocidos, ha recibido con muestras de gran desagrado la abdicación del Duque de Aosta, y la presenta como una consecuencia de las intrigas y de las influencias de la vecina república.

Otros son los sentimientos con que la noticia del establecimiento de la república en España ha sido recibida en los Estados Unidos. En los primeros momentos el entusiasmo de los periódicos fué unánime, y sin tasa las felicitaciones de que fuimos objeto por parte de aquellos chapados republicanos. Despues algunos órganos de la prensa americana, tales como el *Sud* y el *Herald*, han visto de color más risueño nuestros horizontes y auguran para España el próximo imperio de la anarquía y las complicaciones de la guerra civil.

De los periódicos franceses el *Journal de París* es el que ve más encapotado nuestro porvenir. Su juicio sobre la situación caída y los hombres que la representaron es severísimo, y cree, como el *Sund* y el *Herald*, que los que prepararon el 11 de Febrero han legado a España la ruina y la guerra civil.

El *Journal des Debats* no ha visto con gozo el establecimiento de la república en la península: el acontecimiento le inquieta tanto por España como por Francia, y le parece que la libertad será la que pierda en la partida.

La *Liberté* opina que el Duque de Aosta se ha visto envuelto en su corto reinado en dificultades tan graves como las amenazas de los Estados Unidos, su calidad de príncipe extranjero y la cuestión del cuerpo de artillería, y juzga que D. Amadeo jugó su última carta al nombrar el ministerio Zorrilla.

En cuanto a los propósitos del jefe del Poder ejecutivo de la vecina república, en vista del cambio político de la Península, parece que consisten en guardar una completa neutralidad favorable a las miras de conseguir la total evacuación del territorio francés. Monsieur Thiers cree que si el desenlace de la crisis que atraviesa nuestro país fuese por desgracia la república socialista, hermana de la *Commune*, la Europa estaría unánime para restablecer en España el orden y el principio moral.

\*\*\*

Nos hemos extendido en estas consideraciones, porque la cuestión política ha sido en estos últimos días la preocupación de todos los ánimos y el único alimento de la crónica. Los principales teatros dejaron de funcionar desde la noche del día 11, y aunque despues han abierto sus puertas, no han ofrecido más novedad que la representación verificada en el *Español* de un drama del Sr. Fernández San Román, titulado *Del dicho al hecho hay gran trecho*, obra en que se revela un depurado gusto literario y un conocimiento perfecto de las conveniencias de la escena. La comedia del señor Fernández San Román, escrita expresamente para representarse ante la culta y distinguida sociedad que frecuenta los salones de la señora de Riquelme, iba al teatro precedida de un éxito de simpatía no completamente ajeno al mérito de la obra. Así, el escogido auditorio que asistió a la primera representación no se mostró avaro en el aplauso, y el Sr. Fernández San Román se vio envuelto en aquella atmósfera embriagadora que sirve de tan poderoso estímulo al poeta, y que a veces (no ciertamente en el caso presente) es una nube de color de rosa tras de la cual la mano cruel del desengaño prepara sus coronas de espinas.

Esta es la única novedad teatral de estos últimos días, días de crisis política, durante los cuales todos los intereses de orden secundario han enmudecido ante la gravísima preocupación de los grandes intereses sociales, y en que los espíritus no han tenido espacio ni voluntad sino para fijar la consideración en las cosas del presente, y hacer ardientes votos por el porvenir.

Sin embargo, la inquietud y el malestar que engendran las vicisitudes políticas han llegado a constituir entre nosotros un estado tan permanente y tan normal de los ánimos, que las clases ajenas a las luchas de los

partidos fácilmente se habitúan, pasados los primeros momentos de temor, á los cambios más radicales y á las más profundas alteraciones. Así se comprende que en los momentos en que cerramos esta crónica la animación haya vuelto á los teatros y á los paseos. La Fuente Castellana ha recobrado su privilegio de servir de punto de reunión vespertina á cuanto encierra de elegante y distinguido la que fué capital de la monarquía. Madrid come, bebe, rie y se distrae como ántes, y no parece sino que una voz mágica haya dicho, parodiando los versos de una tragedia de Racine:

«Basta; del régio alcázar solitario  
Cíérrense al punto las doradas puertas,  
Y vuelva todo á su primer estado.»

20 de Febrero.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

NUESTROS GRABADOS.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (PÁG. 123).

ACTUALIDADES.

Bajo este epígrafe indicamos los tres grabados que figuran en la pág. 116.

Un numeroso grupo de republicanos, armados, dirigiése, promoviendo algún tumulto, en la tarde del 12, á la una y media, hacia el Congreso de diputados, con el objeto de pedir al Gobierno la libertad de los presos republicanos.

El Sr. Figueras, presidente del Poder Ejecutivo, al tener noticia del propósito de aquéllos, deja el Congreso, donde se hallaba, sale á buscarlos en la carrera de San Jerónimo, los encuentra y les habla con la energía que todos reconocen en aquel esclarecido republicano, prometiéndoles desde luego lo que pedían, mas significándoles terminantemente que tales resoluciones eran de la incumbencia del Gobierno, pero de ninguna manera de grupos armados en son de amenaza.

Uno de los del grupo se atrevió á mostrar al Sr. Figueras un gorro frigio, y la multitud exclamó: «¡Que se lo ponga!»; mas el jefe del Poder Ejecutivo rechazó con cierto enojo el emblema republicano que se le ofrecía, y dijo estas ó parecidas palabras: «No me lo pongo, ciudadanos, porque no lo necesita quien, como yo, hace treinta años que lo lleva puesto.»

La manifestación se disolvió en seguida, y el Sr. Figueras fué acompañado hasta el Congreso por la inmensa multitud que presenció la escena. \*

Otro de los grabados de la misma página alude al hecho, realizado por algunos republicanos, en la tarde del 12, de colocar una bandera roja, coronada por un gorro frigio, en la estatua de Mendizábal que existe en la plaza del Progreso.

Por último, el grabado que aparece en la parte inferior de la citada pág. 116, figura el reten de republicanos armados que ocupaban el portal del Círculo Conservador, en la calle del Clavel. Todos tenían, como distintivo especial, una cinta roja en los sombreros ó gorras, y era el jefe del reten un conocido republicano que habita en la calle del Arco de Santa María, que fué condenado á presidio por los deplorables sucesos del 22 de Junio de 1866.

Nada pidieron al vecindario, á nadie molestaron, y cumplieron su cometido con la sensatez y cordura que tanto distingue al noble pueblo madrileño; y cuando llegó el momento de disolver el reten, una comisión de aquellos honrados ciudadanos pasó á dar las más expresivas gracias á los señores socios del Círculo Conservador por las deferencias y amabilidad con que habían sido atendidos en varias ocasiones.

Es lo cierto, y lo consignamos con mucho gusto, que á través de los grandes acontecimientos políticos que han ocurrido en esta capital desde el día en que el rey D. Amadeo indicó su propósito de renunciar á la corona de España, el pueblo madrileño ha dado señaladas pruebas de sensatez y cordura, verificándose el cambio de gobierno, de la monarquía democrática á la república, sin ninguna de esas escenas de violencia de que han sido teatro otros países en ignales circunstancias.

Esto honra mucho al pueblo de Madrid y habla muy alto en favor de su educación política, que no tiene que envidiar seguramente á ningun otro pueblo de Europa.

RECONOCIMIENTO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA POR EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.—RECEPCIÓN OFICIAL DE MR. SICKLES.

La primera nación del mundo que ha reconocido la república española ha sido la república de los Estados Unidos: el día 11 se verificó la proclamación de la nueva forma de gobierno, y el día 14 ya había recibido Mr. Sickles, embajador de los Estados Unidos en Madrid, órden del Ministro de Estado de aquella nación para reconocer oficialmente la novísima república.

A la una de la tarde del 15 se verificó este acto solemne, con todo el ceremonial que se empleaba para tales actos en tiempos de la monarquía.

Desplegados en batalla en la calle de Alcalá, frente al palacio de la Presidencia, se hallaban un batallón de voluntarios y una compañía de ingenieros con bandera y música, para tributar al embajador los honores correspondientes.

Al llegar á la Presidencia Mr. Sickles, acompañado de los secretarios de la legación, salieron á recibirle al pie de la escalera, el secretario de la Presidencia señor Martínez y los ayudantes del Ministro de la Guerra Sres. Córdoval y Amado, acompañándole hasta el salón, donde fué anunciado por el introductor de embajadores señor vizconde del Cerro.

En el salón se hallaban los individuos del Gobierno, cuyo presidente se adelantó á recibir al representante americano, quien pronunció el siguiente discurso:

«Sr. Presidente: Cumpliendo el mandato de mi Gobierno, tengo la honra de saludar en la persona de V. E. á la República de España.

»Si es posible entrever algo de lo futuro, séame lícito manifestar que la cordura y dignidad con que se ha verificado el reciente cambio, y la sabiduría que ha confiado á V. E. la presidencia del Poder Ejecutivo, son felicísimos auspicios del glorioso destino á la nueva República reservado.

»Los Estados Unidos de América, que ocupan considerable parte del continente consagrado á la civilización por el valor y la fe de España, no pueden menos de contemplar con emoción y simpatía convertido en República el Imperio de Fernando y Isabel.

»El pueblo americano, convencido por la constante práctica de las instituciones libres durante la pasada centuria, de la inmensa eficacia de éstas para promover el progreso de las naciones, ve con satisfacción profunda que España ha encontrado en su ejemplo el medio de asentarse sobre sólidos fundamentos su prosperidad y poderío.

»Al traer á V. E. los fervientes votos de mi Presidente por el éxito feliz de la administración que le está encomendada, y al reconocer la autoridad depositada en sus manos, cumple el más grato deber de mi misión en este noble y generoso país.»

Y el Presidente contestó:

«Sr. Ministro: Grave responsabilidad lleva consigo el cargo que me ha confiado la Soberanía de la Asamblea y que me ha reconocido la adhesión del pueblo, responsabilidad capaz de abrumar mi ánimo, si para confortarlo y sostenerlo no vinieran momentos como este momento, en que vuestras elocuentes palabras me traen á los oídos la voz robusta del pueblo americano, bendiciendo y aclamando el advenimiento de la República á nuestra España, que la ha obtenido por su templada energía y la conservará por su consumadísima prudencia.

»Fiel y delicado intérprete de los sentimientos que animan á vuestra raza, habeis recordado la gratitud debida por vuestro pueblo á nuestro pueblo, porque fué descubierta por la audacia de nuestros navegantes, sometida por el esfuerzo de nuestros héroes, evangelizada por la fe de nuestros misioneros, una gran parte del espacio inmenso, donde brillan las estrellas de vuestro gloriosos Estados. Si aquellos hechos no se eleváran en vuestra memoria y en la nuestra á la estirpe de las grandes epopeyas, si no tuvieran este carácter gloriosísimo, adquiriéranlo hoy por ser el lazo de unión entre España que llevó allá por su esfuerzo las primicias de la civilización, y América que trae aquí por su ejemplo los frutos de la libertad y de la democracia.

»Gratitud debéis á nuestro pueblo por estos hechos inmortales de la historia; pero ¡cuánta no debemos los que llevamos consumida nuestra existencia en el difícil problema de unir la democracia con la libertad, á los sublimes peregrinos, á los fundadores de vuestras instituciones que, inspirándose en su serena fe, buscaron al través de los mares un templo para su libre conciencia, y establecieron sobre el Nuevo Mundo la nueva sociedad, que definitivamente organizada por el genio republicano del siglo XVIII, ha unido en equilibrio perfecto la autoridad social y los derechos naturales, la vida agitada de las democracias y la estabilidad perfecta de los poderes, la expansión de todas las aspiraciones del espíritu humano y el respeto á los intereses y

á las leyes: digno ejemplo que no olvidará en su nueva era nuestra patria.

»Sr. Ministro: La República española contará siempre entre sus mayores ventajas la facilidad que le dan su carácter y su origen para estrechar las relaciones de España con los Estados Unidos. Tenemos en el Nuevo Mundo parte considerable é integrante de nuestro territorio nacional, que ha de servir, bajo la sombra de la bandera española, á realizar la comunicación entre los continentes. Para que nuestras islas cumplan este elevado ministerio, y para que se conserven á este fin civilizador en nuestra nacionalidad, contamos con la energía de todos los españoles, con la virtud de las nuevas instituciones, con el fruto que ha de dar el olvido de antiguos errores y con la opinión pública de los Estados Unidos, que tanta y tan merecida influencia moral ejerce en todo el continente americano.

»Alienta mi esperanza el nombre ilustre del jefe que los Estados Unidos se han dado, y el crédito y las simpatías que entre nosotros tiene su representante en Madrid. Si el más grato de nuestros deberes ha sido este reconocimiento de mi autoridad, lo más grato de mi autoridad será también facilitar los medios de que podáis desenvolver entre nosotros la política de fraternidad que ha de existir entre la República de los Estados Unidos y la República de España.»

Terminado el acto, el señor general Sickles se retiró con el señor introductor de embajadores en la misma forma y con los mismos honores que al dirigirse á la presidencia.

Mr. Sickles permaneció después largo rato conversando con los ministros, saliendo luego acompañado por el secretario de la Presidencia.

Durante la ceremonia, las músicas tocaron varios himnos republicanos.

Nuestro primer grabado de la pág. 117 figura la llegada del embajador de los Estados Unidos, Mr. Sickles, al palacio de la presidencia para felicitar al jefe del Poder ejecutivo.

SERENATA Á DON EMILIO CASTELAR, MINISTRO DE ESTADO.

Los republicanos madrileños han tributado en estos días señaladas muestras de aprecio á casi todos los hombres públicos que hoy se hallan al frente de los destinos de la nación.

Una de éstas ha sido la magnífica serenata con que obsequiaron, en la noche del 15, al eminente orador D. Emilio Castelar, hoy Ministro de Estado de la república española.

A las nueve dió principio, y desde mucho ántes veíase materialmente ocupada de una inmensa multitud la calle de Serrano, donde aquél tiene su casa, notándose entre la concurrencia una gran representación de ciertas clases de la sociedad que concurren con poca frecuencia á estos actos. En las cercanías se veía un gran número de carruajes particulares, y la morada del orador insigne se veía profusamente iluminada y ocupados sus balcones por un gran número de sus amigos más íntimos. La excelente música de ingenieros, magistralmente dirigida por el Sr. Maimó, tocó piezas escogidas, con la precisión que es notoria en la citada banda militar.

A las once se vió precisado el Sr. Castelar, cediendo á las exigencias de los concurrentes, á dirigírse la palabra desde el balcón, y como siempre que hace uso de su maravillosa elocuencia, arrebató á la multitud, que le escuchó hasta el fin con un religioso silencio. El señor Castelar expresó su inmenso júbilo por haber realizado el ideal republicano, aspiración constante de toda su vida, en la forma verdaderamente maravillosa que se había verificado; forma que, según su juicio, asombrará á las generaciones futuras, dándoles una idea exacta de la grandeza, de la cultura y de la templanza del pueblo español: añadió el Sr. Castelar, que la solución política presente llenaba tanto más su alma de satisfacción, cuanto que la creía destinada á ser la solución salvadora que había de unir, en un término más ó menos lejano, á todos los españoles: para obtener este resultado, el eminente orador pedía al partido republicano calma, moderación y benevolencia, y apoyo constante al Gobierno provisional; asegurándole que este cumpliría hasta el fin la misión que le corresponde. Terminó el Sr. Castelar con un ¡viva la república! que fué calurosamente contestado, y victoreando frenéticamente al Sr. Castelar.

Finalizada la serenata con los patrióticos aires de la *Marsellesa*, subieron á la morada del señor Ministro de Estado muchos de sus amigos, que fueron galantemente obsequiados con profusión de dulces y cigarros.

Nuestro grabado segundo de la pág. 117 representa el aspecto que ofrecían los alrededores de la casa don-



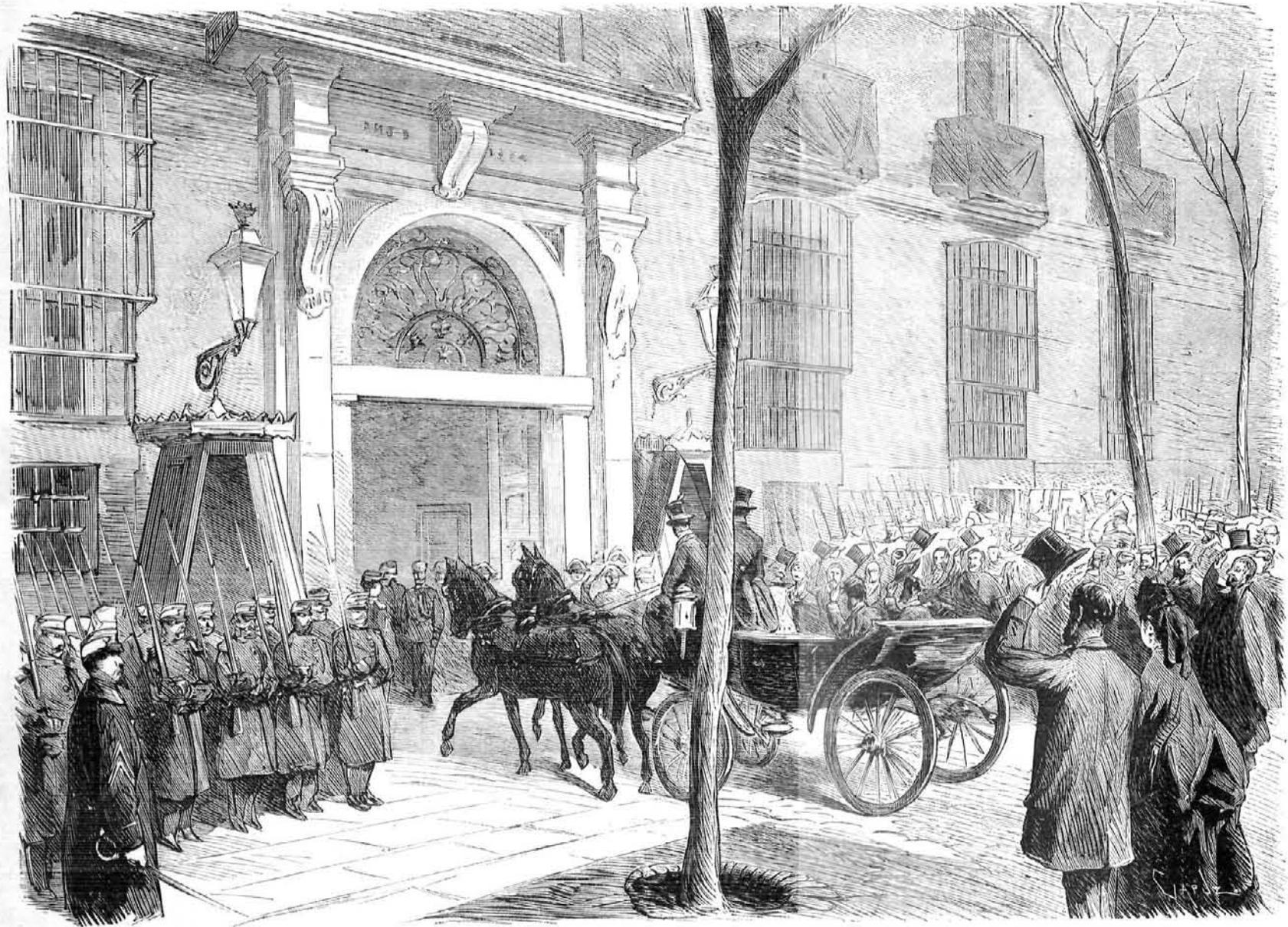
MADRID.—El Presidente del Poder ejecutivo recomienda la calma y orden á una comision de catalanes que pedía la libertad de los presos republicanos.



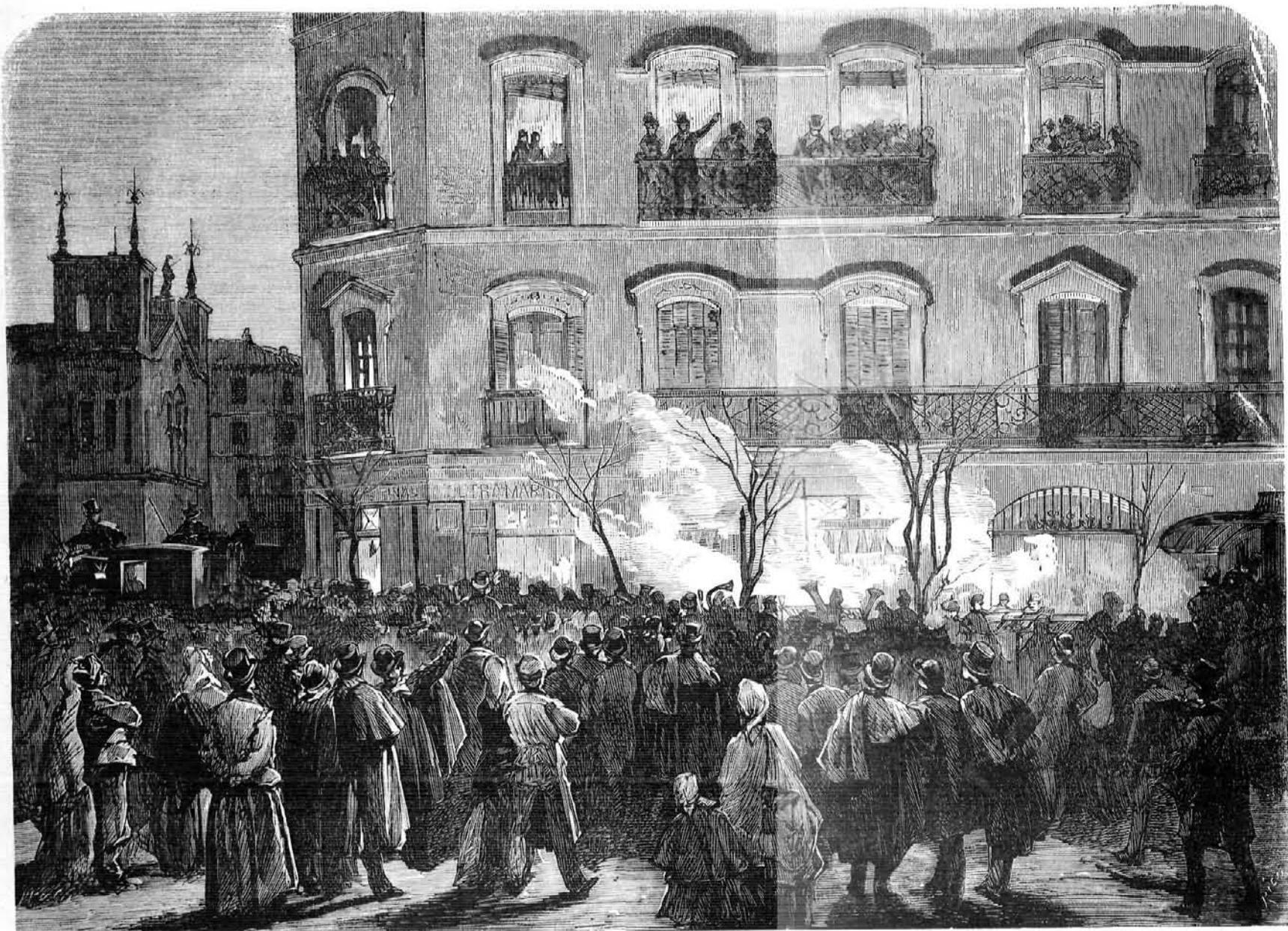
MADRID.—La bandera roja es colocada en la estatua de Mendizábal.



MADRID.—Reten de republicanos en el portal del Círculo conservador.



MADRID.—Reconocimiento de la república española por el Gobierno de los Estados Unidos: llegada del Embajador al palacio de la Presidencia.



MADRID.—Serenata á Emilio Castelar, ministro de Estado.

de habita el Sr. Castelar, en la noche de la serenata.

FRANCISCO FÓSCARI, CUADRO DE D. RICARDO NAVARRETE (PÁG. 122).

EL CARNAVAL EN MADRID.

Los mejores anuncios en Madrid de la proximidad del Carnaval, prescindiendo de esos grandes carteles de vivos colores que aparecen en las esquinas anuncianando bailes de máscaras que ofrecen al bello sexo de escalera abajo y á esa variedad del sexo fuerte que se denomina á sí propia *gente del bronce*, ciertas sociedades de títulos retumbantes, como *La Sultana*, *La Maravilla*, *Las siete estrellas*, ú otros parecidos—los mejores anuncios, decimos, son las comparsas de estudiantes que recorren en las primeras horas de la noche, y á contar desde mediados de Enero próximamente, las calles de esta ya ex-coronada villa, de la manera que señala nuestro dibujo de la pág. 124.

Son ó no estudiantes, y áun puede asegurarse que ellos en su gran mayoría, ó no han pisado las aulas de los colegios universitarios, ó *ahorcaron* hace tiempo sus libros y carrera; pero *estudiantinas* se llamaban antaño aquellos grupos de truhanes que salían de las universidades de Salamanca ó de Alcalá de Henares, acompañados de guitarras, flautas y la necesaria pandereta, y mal cubiertos con un desgarrado manteo y un sueio tricornio, para correr la *tuna* por algunas ciudades de España, y *estudiantinas* se siguen llamando ogaño esas comparsas que en los alegres días del carnaval vienen á ser una reminiscencia, aunque corregida y aumentada, de aquellas otras.

Impávidos van de veinte en fondo, poco más ó ménos por esas calles, desafiando los rigores de la estación: marchan primero los futuros *postulantes*, que suelen ser muchos, porque cuantos más haya en la comparsa, más bocas hay para pedir y más manos para recoger, y caminan despues los que componen la banda, tocando la marcha del *Faust* ó siquiera el himno de Riego, ó algún wals añejo que recuerda las edificantes escenas de los salones de Capellanes ó las *quadrilles* al aire libre de *El Paraíso*.

Organizar una estudiantina debe de ser un trabajo no difícil; pero formado ya el núcleo, la parte formal de ella, digámoslo así, la orquesta, lo demás es cosa baladí y bien sabida.

Luégo, cuando llega el domingo de Carnaval, las estudiantinas comienzan su carrera *real* por las calles, que no termina hasta la madrugada del jueves siguiente, y que suele tener ahora una etapa más en la tarde del domingo de Piñata.

Tambien las gentes que habitan en ciertos barrios populares de Madrid celebran el Carnaval alegremente, vistiéndose con trajes ridículos, como lo indica el segundo grabado de la misma página, viejos residuos, por lo general, de trajes callejeros que yacen amontonados en los rincones más oscuros de las praderas, y son aquéllas, por cierto, las que concurren indefectiblemente al paseo del Prado durante los tres días de la fiesta, y nunca faltan el miércoles de Ceniza en la pradera del Canal y entierro de la Sardina.

Por último, la bella alegoría que publicamos en la pág. 121, es una gráfica representacion del Carnaval en Madrid, durante la noche: bailes bien poco edificantes y escenas de embriaguez y de locura.

El hombre quiere olvidarse en estos días de que el mundo es un carnaval perpetuo, y los que cubren su rostro con la careta de la alegría, del ridículo, aparentan que descubren ocultar al mismo tiempo los dolores y miserias de la vida humana.

ULTIMOS MOMENTOS DE LA DINASTIA DE SABOYA EN ESPAÑA (PÁG. 118).

SALA-RESTAURANT EN LA ASAMBLEA DE VERSALLES.

Los padres de la patria, lo mismo los diputados de la Asamblea nacional francesa, que los diputados y senadores de las Cámaras españolas, ó los graves miembros de *House of Commons* de Londres, que los de otras naciones donde existe el régimen representativo, áun en medio de las discusiones políticas más interesantes, no se olvidan por cierto de las necesidades de la vida, y obedecen sin vacilar la voz de su estómago cuando éste indica que se halla un tanto desfallecido.

En el *hôtel des Resservoirs*, en el mismo sitio donde se reunía, durante el sitio de París, la élite de la corte guerrera que rodeaba al emperador de Alemania, se encuentra ahora, bajo el régimen pseudo-republicano, el *salon-restaurant* donde se reunen los diputados de todas las opiniones políticas que tienen representación

en la Cámara, realistas y republicanos, legitimistas y radicales, imperialistas y gambetistas, y se preparan para pronunciar sus respectivos discursos, y para esperar la hora de una votación interesante, con una buena ración de faisán ó de jamón en dulce y una botella de Burdeos ó de Borgoña, ó por lo ménos con un vaso de *'eau sucre*, y los correspondientes *orgeats*.

Antiguamente, en tiempo de la dominacion imperial, el *buffet* que se servía en el Palacio Borbón, por cuenta del Estado, era abundantísimo y exquisito; pero hoy la severidad del régimen republicano no consiente semejantes excesos, y cada diputado tiene que satisfacer de su bolsillo particular el importe de los artículos que pidiere.

Nuestro segundo grabado de la pág. 125 ofrece el aspecto que presenta la *sala-restaurant* del *hôtel des Resservoirs* en un dia de sesión prolongada é interesante.

ANTONIO SELVA (PÁG. 127).

E. MARTINEZ DE VELASCO.

ULTIMOS MOMENTOS DE LA DINASTIA DE SABOYA EN ESPAÑA.

A las seis de la mañana del 12 de Febrero se hallaba cuajada la real cámara del palacio de Madrid con los servidores de D. Amadeo, que descaban rendirle el último tributo de su adhesión. No había allí, como tantas veces, esos animados corrillos que se formaban constantemente para criticar á todos y ensalzar á ninguno; nadie estrechaba con mentida efusión la mano que deseára ver cortada, ni áun se saludaban mutuamente: había allí cortesanos de la desgracia, y sólo recogimiento y tristeza reinaba en aquella estancia, ménos alumbrada que de costumbre, y en la que poco ántes todos mostraban contento; unos pavoneando su inmerecido y ménos justificado encumbramiento, otros por considerarse personajes al verse lisonjeados por la ciega y caprichosa fortuna, muchos por esperar crecido medro en recompensa de intrigas, y los más, porque en su pobre inteligencia, les bastaba pisar la muello alfombra de la regia cámara para ver satisfecha su vanidad y ser felices. Tales suelen ser los cortesanos de la fortuna! Ahora todos mostraban sentimiento, todos estaban entregados á su propia reflexión, y los que ménos reflexionaban espiaban en las acciones de los demás algún movimiento que poder censurar, algún acto que pudiera interpretarse, aunque fuera violentamente, como ajeno al dolor comun.

Cuatro lacayos con largos levitones negros penetraron en la cámara de la Reina, á quien estaba ayudando á vestir la señora viuda de Madoz—que recibió, como recuerdo, el devocionario que usaba S. M. y algún otro objeto de valor, regado todo con lágrimas,—y á poco salieron conduciendo en una silla de manos, á la más virtuosa y caritativa de las reinas, á la verdadera madre de los pobres, más socorridos que agradecidos; pues desde que se supo la abdicación, ninguno de los que tanto la asediaban ántes, pareció por los umbrales de palacio para demostrar siquiera el pesar de lo que perdían. Derramando gruesas y copiosas lágrimas, que no se cuidaba de enjugar, atravesó, sin levantar la vista, por entre aquella multitud silenciosa y conmovida, siguiéndola sus tiernos hijos, que no acertaban, inocentes, á comprender aquel triste espectáculo, y á todos miraban asombrados, y á su lado el Rey, conmovido, afectado, evitando cruzar sus miradas con las de cualquiera de los circunstantes, por temor sin duda de que la emoción le hiciera perder su gravedad, dando al sentimiento la forma externa del dolor que sentía en su alma.

Rodeada y seguida de todos atravesó la triste y real familia, por última vez, aquellos salones en los que tan pocas satisfacciones han experimentado, y bajaron la grandiosa escalera cubierta con los guardias, que siguieron tambien sin órden á la comitiva, como si no quisieran privarse un momento de contemplarla. Más de 200 personas bajaban, y no se sentía el murmullo de una voz, ni se oía una pisada, y hasta parecía que contenían todos la respiración para que ni el más leve ruido interrumpiera aquel silencio eloquente, aquel misterio aterrador.

Ocupáronse los carruajes precipitadamente, corrieron al campo del Moro y en breve llegaron á la estación del Norte, donde sólo esperaba la comisión de la Asamblea, el Marqués de Sardoal, los representantes de Italia y Portugal con sus señoras, el cónsul de Italia y cuatro ó seis agentes de órden público. Ni una autoridad, ni uno de tantos de los que adhesión, amistad y hasta amor ofrecieran, ni de los que tantas mercancías habían recibido, ni una guardia de honor siquie-

ra (1). Trasladóse la Reina en otra silla de manos al carruaje, y á poco partió el tren por la vía de circunvalación á la estación del Mediodía, tambien desierta. Sólo estaba allí Topete, ese hombre de tan gran corazón, y el agradecido Conde de Almina; pero ni autoridades, ni guardia, ni escolta, y entre los dos citados señores y Montesinos, siempre solícito y fácil á proveer á todo, se dispuso que los ocho guardias de órden público que había en la estación subieran al tren para dar escolta.

Silenciosamente, y formando marcado contraste con la partida del rey cuando fué á visitar la costa de Levante hacia poco más de un año, y siendo ministros algunos de los mismos que ahora lo son (2), partió el tren, ocupando la Reina un departamento en el que fué acostada; inmediatos sus hijos y el Rey, y en un coche salon los que formaban la comitiva (3).

Nadie esperaba en las estaciones hasta Aranjuez, y áun aquí fué escasa la concurrencia, á pesar de los muchos dependientes y jornaleros del real patrimonio. Siguió el tren á Alcázar de San Juan, donde ya se había recibido el parte del gobierno para dispensar á las reales personas los honores debidos, que los hizo el presidente de la junta revolucionaria; y preparado el almuerzo á virtud de un telegrama que se envió desde Aranjuez—pues nada se había dispuesto, hasta el punto de carecer la Reina, enferma, de una taza de caldo, no obstante haberse preparado en Madrid algunas botellas de *consommé*, que quedaron muy tranquilas; descendió el Rey del carruaje, y abriéndose paso por entre la multitud silenciosa y respetuosa, ocupó la cabecera de la mesa, á la que se sentaron todos sin órden ni etiqueta, pudiendo servir ápenas los camareros, por estar invadido el comedor con la gente del pueblo, que contemplaba asombrada la digna tranquilidad del que acababa de ser el jefe supremo de una nación de 16 millones de almas.

Continuó la marcha, atravesó rápido el tren los vastos y desiertos campos de la Mancha, fijóse ápenas la atención en el pueblo que tuvo preso á Cervantes, que á vivir hoy, abundante cosecha hallaría de locos y simples, y áun malvados, para inmortales obras; detuvose un momento en Manzanares, donde recibieron SS. MM. respetuosos saludos, y en Ciudad-Real se ofrecieron las autoridades, estaban formadas las fuerzas del ejército, que presentaron armas y batieron marcha, y todo el andén y sus inmediaciones invadido por inmenso gentío, ávidos todos de contemplar á la real familia.

Con una pequeña detención en Puertollano y Almadén, y descendiendo por las gargantas de este venero de riqueza á Belalcázar, se dejó la Mancha, se atravesó un pequeño confín de Andalucía y se penetró en Extremadura, parando un momento en Cabeza del Buey, y comiendo en Almorchón en una ruinosa y ennegrecida pieza perfectamente ventilada: no había otro sitio.

La noche, aunque alumbrada por espléndida luna, apenas permitía contemplar las risueñas llanuras de Villanueva de la Serena, Don Benito y Medellín, patria de Hernan Cortés, y las venerandas ruinas de la hoy triste Mérida y ántes opulenta colonia romana, y á las doce llegamos á Badajoz. Era la última población española que despedía á D. Amadeo, y que acostumbrada á recepciones de alegría, no podía ménos de pensarse en el contraste que formaba aquel séquito silencioso y triste, más triste cuanto más se alejaba de España, con el que presentaron las bodas allí celebradas del rey de Castilla D. Juan I con la infanta de Portugal doña Beatriz, la recepción de doña Juana de Portugal para ser esposa de D. Enrique IV, del solemne recibimiento hecho á la infanta de Portugal doña Isabel para ser esposa del emperador Carlos V, del no ménos ostentoso dispensado á doña María de Portugal que iba á ser esposa del que fué á poco D. Felipe II, hijo del que es fama que al año de haber abdicado la corona, que le abrumaba por el gran peso de su inmensa gloria, mostrábase arrepentido, y de los grandemente celebrados conciertos reales en 1729. En este siglo, Carlos IV y María Luisa se trasladaron á Badajoz

(1) Al verme de regreso en Madrid el Sr. Rivero, me dijo ántes de saludarnos, que la noche que precedió á la partida de SS. MM., en cuanto salió de palacio, dió las órdenes para que estuviera en la estación la guardia de honor y la escolta que había de acompañar á las personas reales: no fué, pues, culpa suya la falta.

(2) Del de la Guerra se recibió en el camino un telegrama disculpándose por indisposición: de agradecer fué la atención al ménos.

(3) La constituyan, la comisión de la Asamblea, compuesta de los Sres. Montesinos, Marqués de Scoane, Moncasi, Rossell, Ullón (D. Augusto), que iba también con el carácter de administrador de la compañía del ferro-carril, el Sr. Montero Brios, generales Tassara y Gondara, hermanos Alvarado, general Búrgos, Portilla, Almirante, Villacampa, Tejerón, Benifayó, Ogea, Benazúza, algún otro, y el que suscribe. Iban tambien los representantes de Portugal é Italia. Este último quedó indispuesto en Alcázar de San Juan.

en 1801 con motivo de la guerra con Portugal, para atender más á un favorito que á los intereses nacionales, y que tan funestos resultados produjo á aquel buen rey; —pues siempre los favoritos han sido funestos á los reyes y á los pueblos,—y en Diciembre de 1866, también estuvo allí la familia real de España á su paso para Lisboa á pagar atenta visita á los reyes de Portugal.

Quedaronse en Badajoz los guardias que formaban la pequeña escolta, y siguió el tren á Portugal, cuya tierra se pisó en breve. El silencio de la noche, la melancólica luz de la luna, lo desierto de aquellos campos, la tierra extranjera, cuanto á todos rodeaba, convidaba á la reflexión, y grandes podían hacerlas cuantos el tren conducía....

Las músicas de la guarnición de Elvas anunciaron la llegada á su estación, donde esperaban las autoridades de gran gala, y tropa de cazadores con músicas, que no cesaron de tocar el himno nacional portugués. No había pueblo.

Parado el tren frente á la pequeña y humilde aduana, apeóse D. Amadeo, y en el despacho del administrador, una reducida pieza á la izquierda de la primera sala, recibió á las autoridades y se despidió de la comisión de la Asamblea y de los que regresamos, áun cuando algunos llevábamos ánimo de seguir hasta Lisboa, dando á la real familia esta prueba más de sincera y desinteresada adhesión.

Dispuesto allí otro tren, con un coche-salon que ostentaba las iniciales de D. José Salamanca, se unió á él el carruaje en que iba la Reina y los Infantes, y á las tres partió para Lisboa, despedido con los mismos honores; regresando á Madrid la comisión de la Asamblea, el general Tassara, brigadier Portilla, coronel Almirante y el autor de estas líneas.

En todo el viaje demostró el público grande avidez por ver y contemplar á doña María Victoria, cuya merecida fama era general: todos preguntaban por esta señora, cuyo talento y caridad conocían, todos la admiraban, todos se apenaban por su desgracia, y la Reina, no muy atendida por quien obligación tenía de atenderla, iba postrada en un lecho, abismada en sus tristes pensamientos y sin otro consuelo que el tener á su lado á su esposo que ama y á sus hijos que adora. Reciba en lejanas tierras el tributo del que siempre la ha admirado y la ha servido con veneración profunda y respetuosa, sin haberla demandado nunca la menor merced.

En cuanto á alguna de las personas que acompañaron á SS. MM. á Lisboa, y de cuyo nombre no quiero acordarme, excuso hablar por ahora; si alguna vez puede pensar, su remordimiento será su castigo, ya que lo es hoy su desprecio.

En conclusión; la dinastía de Saboya ha podido decir al salir *pacíficamente* de España, lo que Francisco I después de la batalla de Pavía: *todo se ha perdido menos el honor*.

A. PIRALA.

#### GOETHE Y BYRON.

#### EL FAUSTO Y EL DON JUAN.

Hay en la poesía épica un género sublime y grandioso que sabe unir en su misterioso seno la lógica frialdad del filósofo y el delirante entusiasmo del poeta, que convierte el análisis en sentimiento, la razón en entusiasmo y da un mismo lenguaje á las ciencias y á las artes. Este género es el poema social y filosófico. Reflejo poético del pensamiento religioso y de los eternos principios de la ley natural, brotó junto á la cuna de las sociedades; breve sentencia primero y profundo proverbio, no tardó en presentarse como un consuelo contra la adversidad ó como una lección contra el crimen. Tal origen tuvo el poema de Job, la más sublime y grandiosa creación de la poesía filosófica. Es, por consiguiente, un error de las escuelas modernas el pretender que este género poético sea el producto inmediato del movimiento filosófico de nuestros días, y que el genio de Goethe fué su primer intérprete, así como su verdadero autor. Antes de las blasfemias del *Fausto* existían ya las impiedades de Lucrecio, y ántes que estas iniquidades poéticas vivían en el seno del pueblo hebreo, la santa resignación de Job y las sublimes máximas de su moral divina. Lejos de ser una creación de nuestros días el poema filosófico de la edad presente, no ha hecho más que profanar sus antiguas formas, faltar á sus providenciales fines y estrechar los límites de su vastísimo horizonte.

El fervor religioso de la Edad Media había creado dos simbólicas personificaciones del pecador, que se trasladaron á los tiempos modernos bajo la poética forma de la leyenda. Eran estos dos personajes *Fausto* y *don Juan*. Monstruo de impiedad el uno, busca en el saber

la omnipotencia y entra en pactos con el infierno; repugnante emblema de la sensualidad el otro, une la más increíble impiedad á la corrupción más abycta.

De estos dos personajes se valieron Goethe y Lord Byron para formar los dos grandes poemas filosóficos de la edad moderna, sarcástica é ideal expresión de la incredulidad de su siglo. No intentarémos hacer un juicio crítico literario de ambos poetas, es nuestro único propósito el acercar entre sí á estos dos genios de la poesía del Norte para hacer sobresalir las extrañas analogías que entre ellos existen, y contemplar con asombro cómo instintivamente se unieron al pintar el seductor torbellino de las pasiones, y como ambos se perdieron en el proceloso mar del escepticismo y de la impiedad.

Existen entre Goethe y Byron las mismas semejanzas, el mismo parentesco, que entre Fausto y D. Juan; en el carácter del protagonista de su poema imprimió cada uno de ellos su propio genio, y cuando la posteridad quiera saber cuáles fueron los sentimientos y las pasiones, cuáles los móviles y las creencias de ambos poetas, se contentará con apreciar cómo interpretó cada uno de ellos el impío personaje de la leyenda.

Goethe, que con su *Werther* arrastró á la juventud al suicidio del estóico, en el triunfo del sentimentalismo prodigó sarcasmos y burlas á sus crédulos admiradores. Crea una escena y se complace luégo en destruirla con sus escépticas risas. Nuevo Saturno devora á sus propios hijos. Proteo literario se presenta bajo mil y mil formas distintas, ya con la impiedad en la boca y el suicidio por esperanza, ya personificando la virtud y buscando entre las ruinas de lo pasado las felicidades de lo porvenir, ó bien confundiéndolo en una misma blasfemia la creación y su Hacedor, el vicio y la virtud. Pero hasta entonces no había expresado en sus obras más que una pasión del alma á un cuadro de la historia; necesitaba su genio un campo más grande, un horizonte más vasto, y tomó la leyenda del *Fausto*, tan popular en esos países que bañan las aguas del majestuoso Rhin.

Engraneciendo las proporciones de su ya muy segundo argumento, Goethe abarca el mundo entero en su obra. Dios y la religión, el paraíso y la gloria, las negras nieblas y las verdes praderas, la misteriosa reunión de las hadas en medio de la oscura noche, los regios alcázares y la solitaria choza, la ciencia, el infierno y la creación, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, forman el mágico panorama de su gigantesca epopeya filosófica.

¿Pero cuál es el fin de tan grandioso aparato? La duda, la impiedad y la nada. Avido de ciencia y de gores como Fausto, Goethe, semejante al genio del mal, vaga por los imaginarios espacios de sus ficciones, así como por las abstractas elucubraciones de las ciencias, y la palabra final de sus investigaciones, el resumen de sus delirios es el sarcasmo del incrédulo. Mefistófeles y Fausto á un mismo tiempo recorre la sociedad burlándose de la virtud y riéndose de los padecimientos del hombre. Ciencia y placer es lo que busca, lo demás nada le importa. Si encuentra el bien en su paso, tiene para él una sonrisa más terrible áñ que el mismo desprecio; si se le presenta la inocente y pura Margarita, la presta en un principio halagos y caricias que irremisiblemente han de causar su calculada infamia, y cuando ya perdió la flor de su inocencia, cuando de virgen pura la ve convertida en monstruo de iniquidad, suelta una estrepitosa carcajada con Mefistófeles, y exclama con Fausto: *Idéntica suerte tuvieron otras muchas ántes que ella*.

Consumado el sacrificio de la inocente víctima, sigue su marcha por el mundo, y ve por todas partes ciencias, derechos, supersticiones, creencias, delirios y locuras; distribuye á cada paso nuevos sarcasmos, nuevas risas, nuevas carcajadas, y no encuentra otra solución á tantos males que la desesperación y la blasfemia. El problema que trata de resolver es el problema de la ciencia del mal, como Job lo conoce; pero Job, en medio de sus miserias bendice el nombre de Dios que tales pruebas le envía. Goethe busca el bien á través de mil iniquidades, y cuando se ve atajado por el mal, profiere una imprecación terrible contra el Hacedor de su existencia. Job busca su consuelo en la Providencia, y Goethe en la risa de la desesperación. Para el uno, el Señor es el Dios de bondad y de misericordia, el amparo del justo; para el otro es un tirano, cuando no una opresora ficción de la superstición del hombre. Goethe opone la duda y la mofa á la religión, á la familia y á la patria. Job, por el contrario, opone el heroísmo, el amor y la esperanza á los males todos de este mundo; aquél destruye, y éste con el ejemplo de su incomparable resignación, coloca una piedra más en el majestuoso templo de la esperanza. Job es la personificación del bien en su lucha con el mal. Fausto es la personificación del mal.

Rodeado de miseria, roidas sus carnes por los gu-

sanos, Job, sentado sobre un muladar, no tiene su igual en el mundo; nunca contemplaron los hombres tan sublime conjunto de elevación y de miseria. Sus irreparables pérdidas, sus crueles sufrimientos, su indigencia, la muerte de sus hijos, son para él pruebas que el cielo le envía, y agradece sus bondades, venera los designios de la Providencia y bendice el nombre de Dios. Fausto, sumergido en los placeres, ebrio de gores, cae de bajeza en bajeza, monstruo de sensualidad, roe el hastio su corazón, vive sin esperanza y muere en la blasfemia.

Goethe es uno de esos hombres cuyo genio se admira con asombro, pero cuyas obras se miran con justo recelo; personificación completa de la indiferencia, persigue tan sólo la belleza de la expresión, y para conseguirlo nada le importa creer en Dios ó negar su existencia; nada el ser el campeón de la virtud ó el veneno de la sociedad; el bien y el mal son para él dos fuentes idénticas de belleza, dos poderosas palancas para conmover el corazón humano. En una y otra fuente se inspira indistintamente; es pintor de lo feo y de lo bello con tal que el cuadro sea una exposición feliz de su idea. Después de haber arrojado al tempestuoso mar de las pasiones una de sus producciones literarias y sociales, él, sentado en la orilla, contempla el majestuoso espectáculo con la calma de su refinado egoísmo y de su profunda indiferencia, fijándose tan sólo en las impresiones, no en los estragos; y que arrojen las olas sociales á sus piés el cadáver de un suicida ó la víctima de sus impiedades; que sea la lepra de la incredulidad ó el heroísmo de la virtud, nada le importa; él ha sido la causa, y la risa sardónica que recorre sus labios es la prueba evidente de su infernal satisfacción.

Con tales condiciones Goethe, asombro de impiedad, no tiene rival en los poéticos encantos de su expresión; ciencia, colorido, verdad, todo lo reúne y todo lo abarca, trasladándose en medio de las sociedades feudales, así como entre los fantásticos sueños del Oriente ó en medio de los antiguos héroes de la Grecia, vive y siente con ellos, pinta el poético y verdadero cuadro de su existencia y los abandona de repente para asimilarse con la indole y las costumbres de otro pueblo y ser el poético espejo de su vida social. Nadie le igualó en la energía de los caracteres y en el atrevimiento de las figuras; dulce y suave, melancólico y tierno, sublime y trivial, es tan variado en sus impresiones como en el colorido de sus cuadros.

Apéndas contaba los veinte y dos años, cuando publica los primeros fragmentos del *Fausto*; entre ellos se hallaban ya casi todas las dramáticas escenas de Margarita. Esta lindísima creación del más poético y sentimental personaje de todo el poema es obra de los tiempos de su juventud, y sólo en la primavera de su existencia pudo inspirarle su fantasía poética aquellos conmovedores cuadros de una pasión tan inocente y pura, tan candorosa y tierna. Es Margarita en el *Fausto* la hermosa flor de Coto que descubre sus virginales encantos y vierte su suave y celestial aroma en las orillas del horrible pantano; es la rosa de Jericó que brota y crece fragante y hermosa en medio de espesos zarzales; es la ideal y angelical mujer de las leyendas alemanas. Ama, y pregunta á las flores si es su amor correspondido; estrecha la mano de Fausto y huye avergonzada; se esconde loca tras de la puerta del pabellón del jardín, y apretada la punta de sus dedos contra sus rosados labios, mira frenética á su amante al través de las rendijas. «Ay, viene, viene! exclama al ver entrar á Fausto, y al sentirse abrazada por él, le devuelve ardiente el abrazo y al fin le descubre su amor.» Más tarde, cuando la amargura del desengaño empeza á roer su corazón, la musa inspira á Goethe la sombría escena de la bruja, y el cuadro terrible de la desesperación de Grecéchen al oír en templo gótico el canto majestuoso de los fieles y las fúnebres y melancólicas lamentaciones del órgano.

Tras del hediondo y oscuro calabozo, donde Margarita, la desdichada, lanza su postre gemido, surge un mundo encantado que atrevido fantasea el poeta, fundiendo en el crisol de su genio el clasicismo y el romanticismo, el simbolismo oriental y el simbolismo del arte cristiano. Pueblan ese mundo poético los seres misteriosos que se complacen en crear, y el septentriodal perdido allá en el seno de sus compactas nieblas, y el oriental que respira tranquilo el puro ambiente de su grandiosa naturaleza. Se oye allí el murmurar de cristalinos arroyuelos y el canto de las sifas; forman poéticos coros las ninas y las ondinas, vagan y cantan invisibles los genios aéreos del Norte al lado de las divinidades del paganismo clásico, y por fin, surge brillante el arco Iris para hermosear con sus colores el vacío inmenso del horizonte.

El hombre, enano que se forma de las prodigiosas mezclas del alquimista, sale del misterioso laboratorio, emprende precipitado vuelo al través de los espacios, y juntándose en las playas del Egeo con Thales y Ana-



BELLAS ARTES.—*Francisco Foscari*, cuadro de D. Ricardo Navarrete.



Alegoría del Carnaval,

xágoras, tiene con ellos filosóficas disertaciones sobre el origen del mundo y el principio de las cosas.

En esta segunda parte del *Fausto* se admira sobre todo el lenguaje cadencioso y sonoro de Goethe, adaptando la hermosa lengua alemana á todas las bellezas de la prosodia griega, traba el genio del poeta gigantesca lucha con la dificultad del ritmo, le vence, le doma y le amolda triunfante á la expresion de su idea; entonces resuena una continua armonía que deleita el oido y encanta el corazon; se oye allí un trino melodioso y aquí un celestial concierto; pero es el canto de la sirena que amoroso y seductor fascina al navegante con fingidas ilusiones y le atrae incanto á los profundos abismos de los mares.

Grandes son sus encantos, y tantas y tan peregrinas bellezas demuestran que fué un gran genio, pero un genio del mal.

A nuestra patria pertenece la leyenda de Don Juan.

Bajo el reinado de D. Pedro el Cruel, segun unos, de Carlos V, segun otros, vivió en Sevilla un hidalgo llamado D. Juan, de la ilustre familia de los Tenorios. Enamorado de la hija del comendador mayor de la orden de Calatrava, resolvió sacrificarla á su infame pasión. Habiendo muerto al padre de su víctima en un desafío, bajó al panteón del convento de San Francisco, y dirigiéndose á la estatua de piedra que parecía custodiar la tumba del comendador, con irónica burla le convidió á cenar. Fiel á la cita la indignada estatua, cogió á D. Juan entre sus frias manos y le arrastró á los profundos abismos del infierno. Este es el tema que tanto ha popularizado la poesía, presentándolo ya bajo la forma épica ó la dramática, ó ya con la profunda y apasionada música, la salvaje alegría y la sarcástica burla de Mozart.

Sentado en el litoral del Adriático, oyendo las cantilenas del gondolero en la degenerada y oprimida Venecia, sumergido en el seno de escandalosos amores, y poco ántes de renunciar á su sueño dorado de la emancipación italiana, escribió lord Byron su *Don Juan*, digna continuación de las violentas injurias que lanza á la divina Providencia en el cielo y la tierra, y en su bien intitulada blasfemia el *Cain*. El D. Juan de Byron no es el personaje de la leyenda española, ni el de Tirso de Molina y el de Zamora, carácter ardiente y vivo, buscando siempre el peligro y dominándolo siempre para satisfacer sus perversos instintos; el D. Juan del poeta inglés es un personaje ficticio, que más tiene de Byron que de D. Juan; de él se vale el poeta para expresar sus paradojas, para narrar sus sueños, para exponer sus propias dudas y pronunciar sus impiedades; D. Juan, burlón, vehemente, apasionado, indeciso y atrevido, variable, aventurero, incrédulo, admirador con frecuencia del crimen y mosador de toda virtud, es el verdadero retrato del escéptico Byron.

El mismo problema de Job, el mismo del *Fausto*, el eterno problema de la vida es el que se presenta en el poema de *Don Juan*. Don Juan y Fausto recorren caminos distintos, pero llegan á un mismo fin, se encuentran en una misma duda y procliven un mismo sarcasmo contra Dios y contra el mundo. Goethe recorre toda la vida social del hombre para llegar á su criminal objeto; todo lo ve, todo lo junta, sombrío ó alegre, poético ó melancólico, el colorido es su fin principal, su verdadero objeto; retrata el mundo exterior, esquiza aquellos metafísicos e infernales paisajes que vió allá, en lo más profundo de su elevada intuición; varía y multiplica los caractéres, pero reduce la poesía á ser el pincel de sus ideales cuadros y secundariamente la expresión de los sentimientos del hombre. Byron, por el contrario, siente ántes de describir; la naturaleza es para él un cuadro, y no un argumento; el verdadero tema de sus inspiraciones es el análisis moral de sus sentimientos, la expresión del inmenso vacío que en su corazón ha creado la duda y los eternos padecimientos del incrédulo.

Con tan opuestos genios ambos se unen en la misma impiedad, resuelven igualmente el mismo problema. Ambos sin recuerdo y sin esperanza se inspiran tan sólo en la desesperación y la nada, dirigen sus destructores golpes á la religión, á la familia, á la patria y á la sociedad, unen el heroísmo al delito, y la bajeza á la virtud, y con el fiero orgullo del ángel caido destruyen y batén luégo sus negras alas sobre las humeantes ruinas, enviando un sarcasmo á sus víctimas y una sonrisa de desprecio á sus admiradores.

Da cuando en cuando o se presenta en ellos alguna ráfaga de luz, algún resplandor instantáneo, pero es como el relámpago precursor de la tormenta que rasga las espesas nubes y enciende el horizonte para enseñar al hombre aterrado la inmensidad del peligro que amenaza su existencia. A ambos la fe les incomoda, la existencia de Dios les impone una; fuera de la vía del bien corren con frenético delirio tras de mundanos gozos y pasajeros placeres, y no encuentran más que el desengaño y la tristeza; la ironía, la negación y la ri-

sa se convierten entonces en su único consuelo, y el suicidio es para ellos un porvenir deseado.

La muerte de uno y otro recuerda su existencia. Goethe al morir traza con su mano algunas líneas en el vacío, y luégo pide luz y pide ambiente; Byron, héroe sin ilusiones y general sin ejército, lleno de melancolico hastío, sacrifica á los 36 años, en los campos de batalla de la independencia griega, su ya para él demasiado larga existencia y por extremo enojosa.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

#### FRANCISCO FOSCARI,

CUADRO DE DON RICARDO NAVARRETE.

Lo más espléndido de la naturaleza, unido á lo más rico de la industria humana, han servido de inspiración y de modelo á los pintores venecianos; por lo cual no es maravilla que puebla usanarse Venecia con los inmortales nombres de Ticiano, Giorgione, Pablo Verónés, Tintoretto, Bassano, Fra del Piombo, los dos Palmas y otros insignes artistas.

Venecia, la gran ciudad mercantil y marítima, emporio un dia de la riqueza del mundo; con su complicada, misteriosa y fuerte organización política; sus duques, sus inquisidores, sus grandes marinos, sus hermosas mujeres; sus palacios sumptuosos, lujosamente adornados con toda la profusión, con todo el opulento brillo del Oriente; sus canales, sus negras góndolas: Venecia, la reina del Adriático, debía dejar tras de sí, además de su nombre en la historia, el transusto vivo, la verdadera y brillante imagen de lo que fué en el auge de su gloria; y ésa es la misión que cumplieron de un modo admirable sus admirabilísimos pintores.

En lienzos y frescos han dejado los venecianos escrita su asombrosa historia, y hoy el viajero puede evocar el pasado y reconstruirle con la imaginación al contemplar las obras que aquellos grandes maestros legaron á la posteridad, que no se causa de consagrarse su fama impercedera.

No es éste, sin embargo, el mayor de los triunfos que obtuvieron los pintores venecianos, ni la sola consecuencia importante de la expresión de su genio: en la esfera del arte alcanzaron otro fin, porque consiguieron llevar al más alto punto que imaginar se puede una de las cualidades de mayor precio en el arte pictórico: la calidad del color: como coloristas no tienen quizás rivales en el mundo.

Quédese para otras escuelas la pureza de la línea, lo grandioso de la composición, la exacta reproducción de la naturaleza: sin carecer por completo de estas cualidades, es más, reuniéndolas á veces todas, la riqueza, la brillantez de paleta que distinguen á la escuela veneciana sólo en ellas se encuentran llevadas á la perfección suma.

Dificilísimo es, por lo tanto, seguir con frnto el camino que abrieron aquellos inmortales artistas. Se necesita haber nacido con especiales dotes y consagrarse la vida entera á estudiarlos y á comprenderlos, rodeándose de la atmósfera que ellos respiraban, viviendo donde mismo vivieron ellos, sintiendo y pensando de una manera análoga á como ellos sentían y pensaban, empapándose en su espíritu, trasportándose de este prosaico siglo xix, en que hemos nacido, al siglo de Carlos V y de Francisco I, de Julio II y de Leon X, á aquel siglo, que marca en el desenvolvimiento humano una de las más grandiosas épocas que han conocido los tiempos.

Resucitar, revivir y reproducir, sin copiar servilmente aquellos prodigios del arte, requiere mucho talento y mucho trabajo; y eso es lo que ha hecho y lo que ha obtenido el distinguido y joven pintor nuestro compatriota el Sr. D. Ricardo Navarrete.

Ya en una de las últimas exposiciones de bellas artes presentó el Sr. Navarrete su magnífico lienzo del Marqués de Bedmar, embajador de España ante la Señoría de Venecia. Este notable cuadro, magistralmente compuesto, se distinguía por el vigor y la brillantez del colorido, y en él se revelaban el talento de su autor y el concienzudo y profundo estudio que durante su larga residencia en Italia, y sobre todo en Venecia, ha hecho de aquella escuela pictórica.

Mucho nos complació el Bedmar, y deseábamos conocer otros trabajos de su notable autor: tuvimos la satisfacción de visitar su estudio, y admiramos allí, entre otros preciosos lienzos, el que representa al anciano Dux Francisco Foscari en el momento de dirigirse á su palacio, después de ser arrojado del poder, que durante tantos años y con tanta gloria había desempeñado. Este lienzo es el que reproduce el grabado de la pág. 120 que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ofrece en el presente número á sus numerosos

lectores, con el deseo de que sea conocida una de las más bellas obras del Sr. Navarrete.

El asunto está admirablemente desempeñado. Esta negra góndola que surca lenta y tristemente las aguas, y dentro de la cual se ven la severa figura del anciano Dux, en quien se revela el amargo dolor que poco después había de llevarle al sepulcro; la de su compañero, imagen viva de la pena y de la desesperación (1); la del pajecillo que boga; y en quien la juventud no da lugar bastante al sentimiento, por lo cual contrasta su fresco y juvenil rostro con los de aquéllos; en el fondo las arabescas galerías del palacio ducal, y asomado á ellas el implacable Loredano, que habiendo fraguado la intriga para la destitución de Foscari, quiere por si mismo cerciorarse de su partida; á la derecha, las góndolas que esperan solitarias á sus dueños; debajo el mar, sombrío; en último término el cielo, rico de luz y de colores, ese cielo de Venecia, que á la caída de la tarde ofrece uno de los espectáculos más espléndidos de la naturaleza, y que allí, indiferente á los afectos humanos, lo mismo alumbra el punzante dolor del caido Foscari que la loca alegría de su enemigo Loredano.

Para que se comprenda mejor lo perfectamente que el Sr. Navarrete ha tratado el asunto, trascribimos á continuación lo que acerca de Francisco Foscari y de su caída, dice, en su *Historia Universal*, César Cantú.

Despues de la muerte de Tomas Mocenigo, que no había cesado de disuadir á los venecianos de la adquisición de posesiones en Grecia, Francisco Foscari, hombre emprendedor é impetuoso, les impulsó á ocupar á Salónica (1429); pero la recuperó Amurat I, asaltó la Morea, y Venecia perdió en esta empresa setecientos mil ducados. Este mismo Foscari segundaba á los que halagaban la vanidad de Venecia con el pensamiento de que podría adquirir en Italia tanto poderío como había ostentado en otro tiempo Roma, y colocarse al frente de una liga capaz de contrabalancear la influencia de los Viscontis.

»Aun cuando las guerras emprendidas á instigación de Francisco Foscari fueron contrarias á los intereses de Venecia, cubriéronla de gloria y la preservaron de los tureos durante treinta y cuatro años; pero la paz de Fray Simoneto (1494) y un tratado particular con Mahometo II, restableció en lo exterior el sosiego, y entonces la facción de Loredano, perpétuo enemigo del Dux, volvió á levantar en lo interior la cabeza. A fin de herirle por el lado más sensible, había hecho condenar á destierro á Jacobo, su único hijo, acusándole de inteligencia con el Duque de Milan, crimen que confesó en las angustias del tormento. Otra vez fué acusado, y atormentado á su vuelta. A este tiempo uno de sus jueces es muerto, y acusado Jacobo de este delito, es condenado á destierro; y aunque uno en su lecho de muerte se acusa del asesinato, no se le permite tornar á sus hogares. En alas del deseo de volver á ver el techo paterno, se dirige al Duque de Milan á fin de que le alcance licencia para llevar á su patria sus quebrantados huesos. Es interceptada la carta, y declara haberla escrito con objeto de trasladarse á sus queridas lagunas, aunque fuera á costa de un proceso. Un nuevo juicio le destierra á Candia. El Dux era de edad muy avanzada, y andaba apoyándose en un bastón. Cuando fué á ver á Jacobo, le habló con mucha firmeza, como para hacer creer que no era su hijo, aunque no tenía otro. Jacobo le dijo: «Señor padre, os ruego que os empleéis en hacerme volver á casa. Á lo que respondió el Dux: *Anda, Jacobo, y obedece la voluntad de la ciudad, sin meterte en otra cosa.* Pero se dice que á su vuelta á palacio cayó el Dux sin sentido (2).

»Murió de pesadumbre el hijo: el padre, que había propuesto abdicar por dos veces, lo cual no se le admitió mientras le hizo necesario la guerra, fue entonces destituido por los Diez (1457). De consiguiente, abandonó el palacio, sin hijos, sin amigos, sin fuerzas, en medio de un pueblo de quien era amado sin duda; pero que temía más á la Inquisición todavía. Cuando la campana de San Marcos anunció la elección de su sucesor, Foscari exhaló el último suspiro (3).

No concluiremos sin dar una vez más la enhorabuena por su última obra al Sr. Navarrete, dándonosla al propio tiempo á nosotros mismos por contar entre la bri-

(1) Sirvió de modelo para esta figura nuestro malogrado amigo el joven y notabilísimo grabador Sr. Roselló, que pocos días después de ser retratado en el cuadro de Foscari puso fin á sus días trágica y dolorosamente; ¡No podía sospechar el Sr. Navarrete la verdad con que expresaba su modelo la pena y la desesperación!

(2) Sanotto.

(3) Se escribió este distico en su sepulcro:

«Post mare perdomitum, post urbes Marte subacta Florentem patriam longævus pace reliqui.»

*Historia Universal*, por César Cantú. Tomo xxi, cap. xxii, página 94 á 97, Comercio, Ciudades.

llante pléyade de nuestros modernos pintores á este distinguidísimo discípulo y continuador de los grandes artistas venecianos.

ANGEL AVILÉS.

### GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

El genio, como el sol, llega á su ocaso,  
Dejando un rastro fulgido su paso.

G. G. DE AVELLANEDA.

I.

Si hay algo en la vida del hombre que pueda compararse al sacerdocio es el cultivo de la poesía, porque el poeta no encuentra compensación, sobre todo aquí en España, donde *hacer versos* se considera como una facultad *inútil*, concedida por la naturaleza á todos ó á casi todos los seres contemporáneos; de esa mal concedida universalidad nace el desprecio de la *clase*; es verdad: son muchos los llamados, pero pocos los escogidos. El gusto se ha estragado, y el hastío ha producido el desden.

Zorrilla, con la riqueza inimitable de su lirismo, y Espriñeda, con su desencanto desolador, imprimieron á la poesía carácter en su época, arrastrando á la juventud á la pobre y estéril *imitación*; el genio, aún en sus extravíos, pone un sello especial á sus obras, pero como los néfitos no pudieron copiar lo que de bueno tenía el género, la inspiración, lo bastardearon, por decirlo así, siendo causa de la postración actual de la poesía.

Los versos son un género sin valor en el mercado de las letras; fácilmente se encuentran editores para ensuciar el papel con la impresión de esas novelas que se venden á cuarto el pliego, destinadas á entrar por debajo de las puertas de las casas para llevar á ellas las doctrinas más disolventes, para sembrar en el alma de la juventud inexperta la semilla de todos los vicios, para destruir los lazos de la familia, para hacer cruda guerra á la virtud; en cambio, no hay un editor que se atreva á dar á la estampa una colección de poesías, siquiera lleve al frente el nombre de los más ilustres vates de nuestros tiempos.

Es una trágica verdad que la experiencia se ha encargado de patentizar; y por eso debe considerarse como un sacerdocio la pérdida del tiempo que se emplea en dar rienda á la inspiración para rimar conceptos que nadie ha de comprar, y lo que es más desconsolador, que nadie ha de leer, aunque el autor los imprima y reparta de balde. Pasó la época, dicen los que quieren disculpar el indiferentismo; y al hablar hoy de los poetas, la imaginación se remonta á pintar el tipo, buscándolo entre los antiguos trovadores, con la lira al hombro, misioneros de la idea.

En dónde están nuestros poetas líricos? ¡Ah! escondieron sus liras debajo de los expedientes de las oficinas del Estado, que ahogaron sus sones, para satisfacer la necesidad imperiosa de alimentarse, ó impulsados por la ambición, se lanzaron al revuelto mar de la política, donde se envenena el alma, donde naufragan las ilusiones, donde se cambia la pluma que escribe por la sierra que destroza.

El poeta tuerce su camino en pos de ventajas positivas, abriendo otros horizontes á su deseo de medrar; pero estos caminos y estos horizontes están cerrados para la mujer, que no cabe en las oficinas del Estado, ni en los escaños del Congreso, ni en el estadio de la prensa política, y lo que es peor, ni en las Academias científicas y literarias; y hé aquí por qué las mujeres, á pesar de las contrariedades que ofrece el cultivo de las musas, á pesar de sus resultados negativos, permanecen fieles á su inspiración, cantando siempre, sin colgar la lira, sin renegar de su propósito; como los ruiñones mueren cantando.

Hoy no hay poetas líricos en España; pertenecen á la historia; pero todavía, de vez en cuando, nos encantan los dulces trinos de Gertrudis Avellaneda, de Carolina Coronado, de Pilar Sinués, de Ángela Grassi, de la inspirada cantora de Cuba, Luisa Pérez de Zambrana, y de algunas otras.....

Pero ahora noto que se ha escapado de mi pluma un nombre que estampé al frente de estas líneas, ¡Gertrudis Avellaneda! ¡Ay! ¡Su lira ha enmudecido! ¡De ella no existe más que su nombre!.....

II.

¡Es verdad! ¡El cuerpo de la que fué Gertrudis Gómez de Avellaneda descansa en un nicho del cementerio de la sacramental de San Martín, de Madrid!

¡Quién fué la *Avellaneda*? — A juzgar por la eterna despedida que le han hecho sus contemporáneos, debemos creer que no fué en su época ni una mediana figura. El 1.º de Febrero se sirvió Dios llamarla á sí, y el dia 2 se trasladaron sus restos mortales á la Necrópolis cortesana. Con luto en el corazón me preparaba á dar enuenta de un acto solemne, esperando presentar una de esas demostraciones legítimas que siempre dispensa un pueblo entero á los grandes genios que nos abandonan; en la tumba todo se acaba; las pasiones deponen allí sus armas. La *Avellaneda*, en vida, había poseído cuanto en el mundo despertaba simpatías y posee la fuerza de atracción: talento, hermosura, riqueza, posición social; su sexo la ponía fuera del alcance del tiro de la opinión política, que todo lo envenena.

cionarias, porque el dia antes se había sentado sobre el pescante del coche de un alto funcionario, y éste había hecho la invitación al entierro. ¡En la papeleta de *Tula* no había más recomendación que su nombre!

Aquellos restos humanos que con dolor seguimos seis hijos de las letras eran la representación de un nombre esclarecido: de Gertrudis Gómez de Avellaneda, del eminente poeta á quien Mr. Durien llamó la *Melpomene castellana*; era el privilegiado ingenio, según Gallego, «á quien nadie podía negar la primacía sobre enantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos»; era la escritora laureada que había debido tantos elogios al académico francés Mr. Joly, que tradujo algunas escenas del *Baltasar*; era la que había merecido de otra dama, ilustración del siglo, de Carolina Coronado, las siguientes frases: «España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energía, de tan sublime genio, de tanta elevación y grandeza. Yo, al menos, no la conozco, por más que miro al traves de los siglos»; era la célebre contemporánea á quien la gran autoridad de Mr. Villemain, en su introducción de las Obras de Pindaro, había llamado la *heredera de la lira de Fray Luis de León*; era, en una palabra, la autora de *Saul*, de *Baltasar* y de *Catilina*.

¡Esa fué la *Avellaneda*! Al abandonar su cadáver evoqué el nombre de Pastor Diaz, y repetí con él estas palabras que escribió en 1850 al juzgar á la escritora y á la mujer:

«Cuando eniga sobre ella aquella noche polar, eterna, en que ni los cantos de la sirena se escuchan; cuando haya en torno de su lira aquel silencio de todo ruido, aquel vacío neumático de todo soplo de aliento, que hace la muerte, como una madre solicita en derredor de la cuna de sus hijos, la poesía hará grabar debajo de su nombre estas palabras:

«Fué uno de los más ilustres poetas de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetas de todos los tiempos.»

«Y la Academia Española, que sin duda la habrá de contar algún dia entre sus más distinguidos miembros, añadirá:

«Fué uno de los escritores que más realizaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana.»

«Y el mundo escribirá por debajo:

«Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.»

Pastor Diaz se equivocó. Gertrudis Avellaneda ha muerto sin penetrar en la Academia Española, donde tenía un asiento que había conquistado legítimamente; y no porque la ilustre corporación dejara de reconocer su mérito superior, sino por consideraciones á su sexo. ¡Como si el talento tuviera edad ni sexo!....

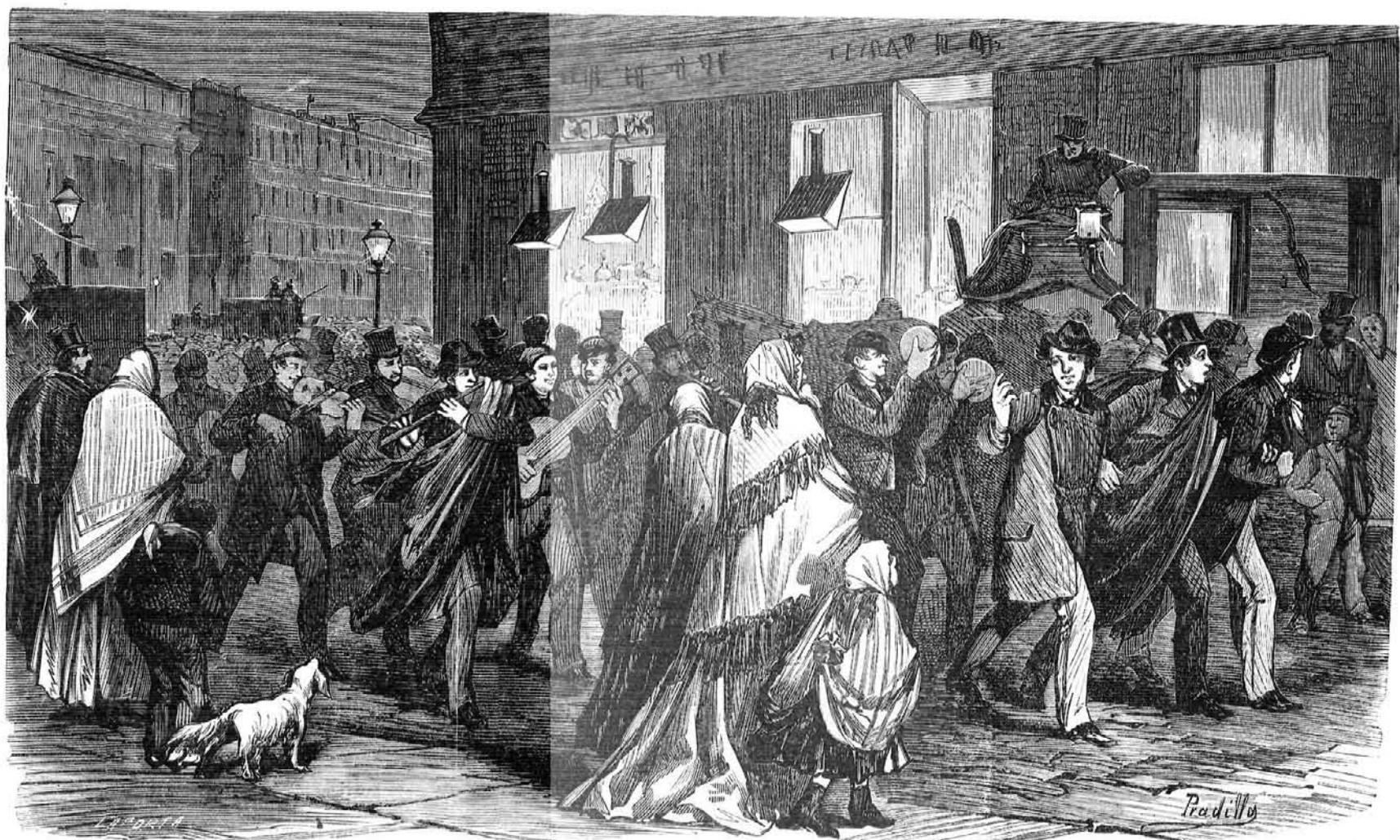
### III.

Gertrudis Gómez de Avellaneda pasará á la posteridad; ahí queda ese monumento que ha levantado á las letras y á su nombre en los cinco tomos de sus *Obras literarias*, que había acabado de imprimir cuando le sorprendió la muerte. ¡Quién puede negarle ese envidiable eco? Sobre su talento nunca ha habido divergencia de opiniones; no ha faltado quien le niegue la cualidad de poetisa por encontrar demasiado varoniles sus cantos, que con efecto rebosan energía, sin que por eso pueda en absoluto negársele la enalidad del sentimiento delicado que se desprende de algunas de sus poesías líricas. *Tula* no se inspiraba con las brisas suaves de la primavera, ni con la esencia de las flores, ni con la ternura del erotismo, ni con los gorjeos del *sinsonte*, ni con los acordes del rabel bucólico; no: *Tula* se inspiraba con los vientos huracanados, con las llamas del incendio, con las sombras de la muerte, con el rugido del león, con las grandes pasiones que necesitaba inflamar en los personajes que presentaba en la escena, con los movimientos violentísimos del corazón, con las exaltaciones del ánimo que le hicieron poner en boca de *Muñio Alfonso*, al terminar el tercer acto de su drama, este verso:

«¡Horrible tempestad, desata un rayo!»

Invocación enérgica, que hizo exclamar en la luneta á uno de nuestros primeros escritores estas palabras que se han conservado como un retrato de la autora: «¡Es mucho hombre esta mujer!»

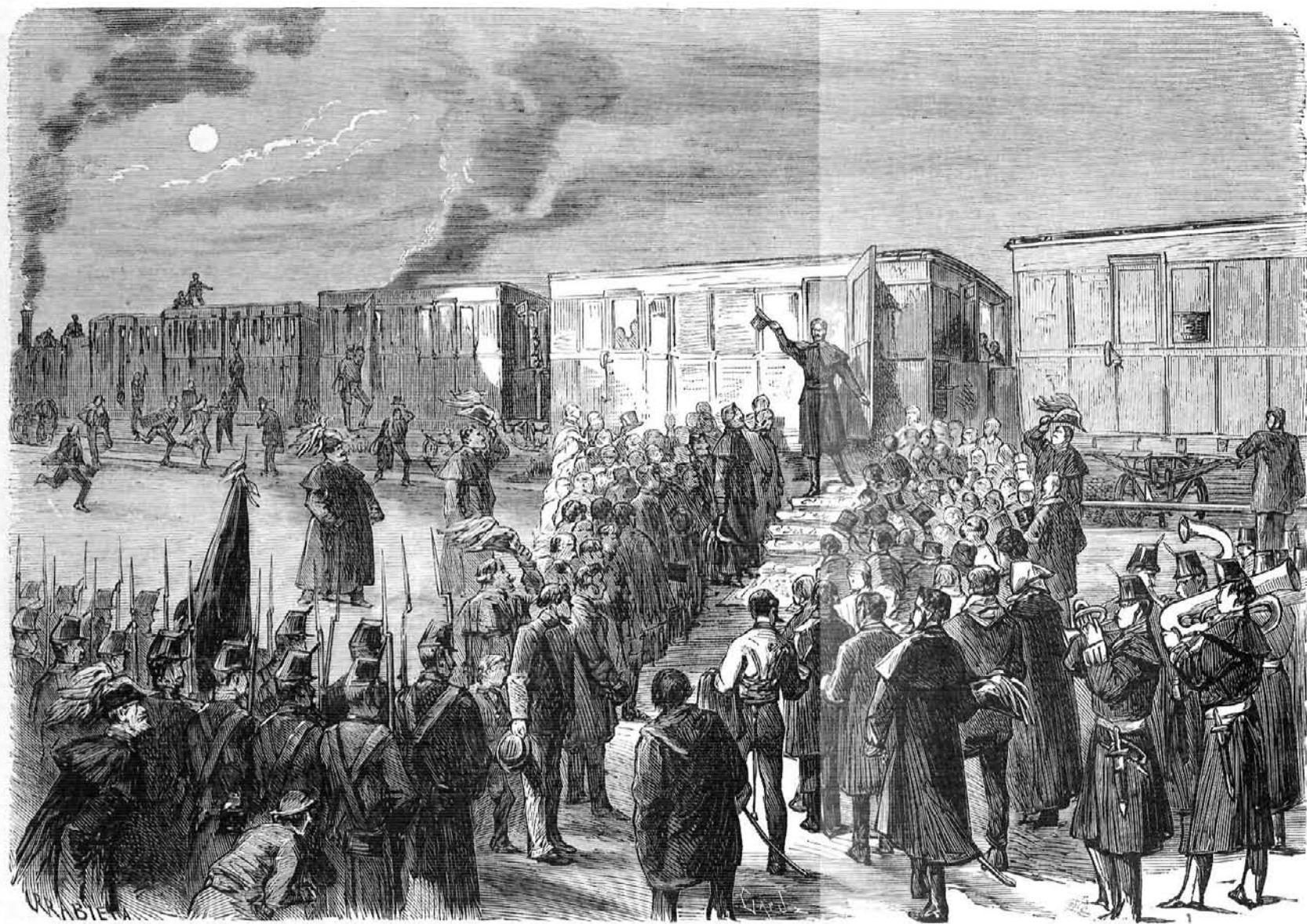
No es mi objeto escribir hoy la biografía ni el juicio crítico de las obras de la Avellaneda, porque ni aquélla ni éste caben en los límites del periódico y en las condiciones de un artículo del momento; además, su biografía está escrita ya por plumas más doctas que la



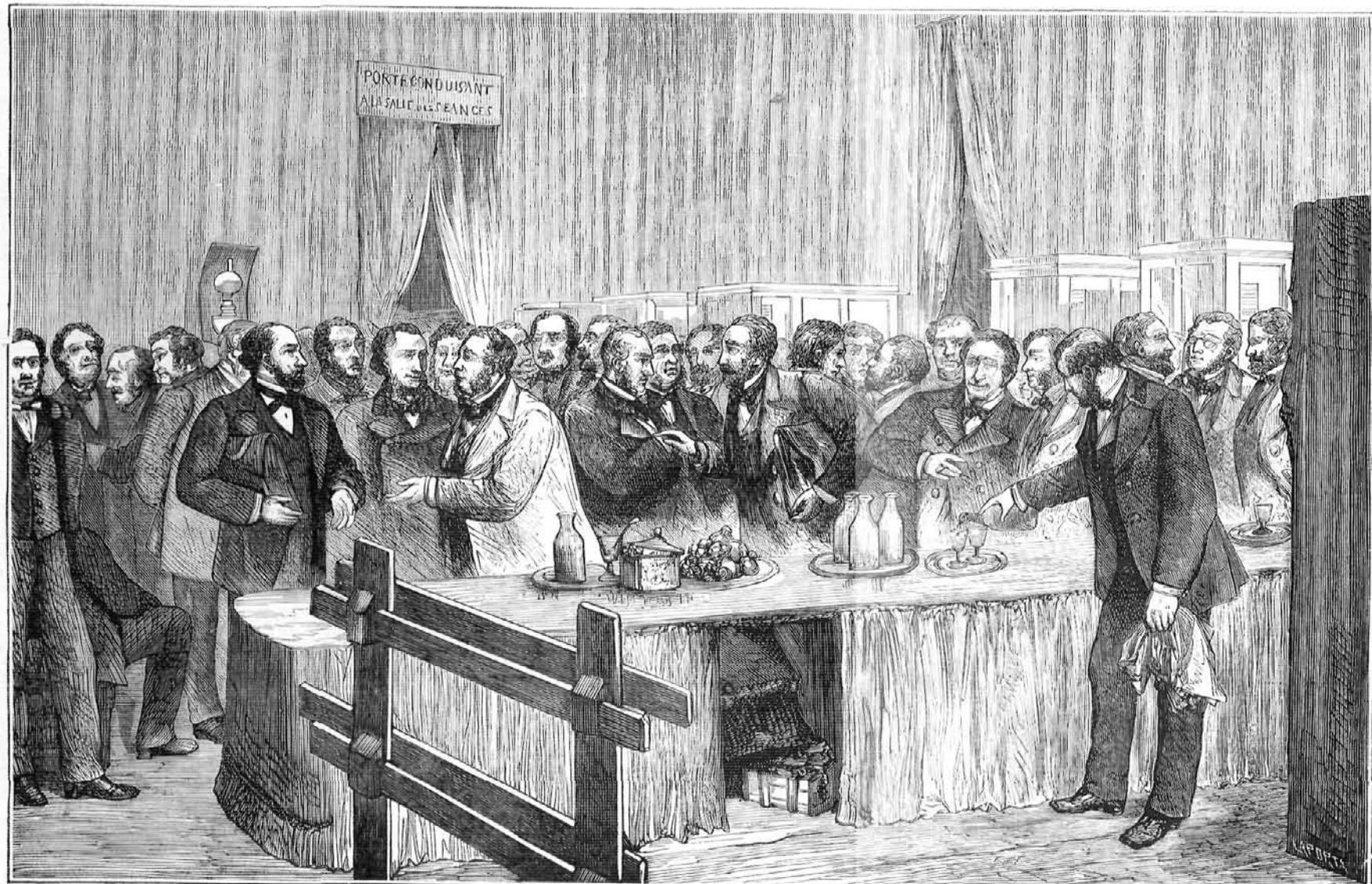
MADRID.—Ensayo de una estudiantina ántes del Carnaval.



MADRID.—Mascarada de los barrios bajos.



PORTUGAL.—Llegada de los ex-reyes de España á Elbas (frontera hispano-portuguesa).



FRANCIA.—Sala-restaurant en la Asamblea de Versalles, donde los Diputados reponen su estómago.

mia; el juicio está hecho por el público, que es un crítico inapelable y justo, y al pie de diferentes trabajos superiores sobre las producciones de la escritora camagüeyana aparecen las firmas de Alberto Lista, Leopoldo Augusto de Cueto, Duque de Fries, Juan Nicasio Gallego, Nicomedes Pastor Diaz, Severo Catalina, Juan Valera, Pedro A. de Alarcón, Antonio Romero Ortiz, Antonio Flores y de otros muchos.

Después de esos nombres nada me queda que decir; mi objeto ha sido simplemente tributar un recuerdo á la ilustre escritora con quien me unían lazos de un cariño tan noble como leal. En treinta años de una amistad nunca interrumpida, supe apreciar la finura de su trato exquisito y la bondad de su corazón; el mismo sol de los trópicos había alumbrado nuestras cunas en aquella hermosa tierra de Cuba; le debí afecto en vida, y le debo gratitud á su muerte, pues ahí están, al frente de mi novela *Anatomía del corazón* y de mi libro moral *Lecciones de mundo*, las líneas que les consagró, con elogios que la amistad disculpa. La Avellaneda era uno de los notables ingenios que debía escribir un capítulo para la novela *Las corrientes de la vida*, que ha de aparecer en la biblioteca *Cuentos de salón* que publico con mi amigo Frontaura. La muerte ha descompuesto el cuadro, arrancando de sus manos la pluma con que se preparaba á honrar el libro, pero allí quedará su nombre como debe quedar su recuerdo en el corazón de todos los amantes de las letras.

El carácter particular de la Avellaneda, su espíritu romancesco, su talento privilegiado, ofrecen en lo porvenir una figura de relieve para heroína de novelas y de dramas; el porvenir la apreciará mejor que nosotros; los contemporáneos la coronaron en vida, pero la han abandonado á la hora de la muerte. La posteridad le hará justicia y premiará su talento!

## IV.

Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto-Príncipe, capital hoy del departamento del Centro, en la isla de Cuba, el día 28 de Noviembre de 1816; ha muerto á una edad en que todavía su ingenio hubiera podido dar muy sazonados frutos, pero hacia tiempo que su delicada salud la agobiaba. Muy joven vino á España, donde los primeros cantos de *La Peregrina* hicieron fijar la atención en ella, adivinando que había de ser la heredera de la lira de Fr. Luis de León; bien pronto llenó el mundo con sus trabajos literarios, y en la universalidad de su talento escribió novelas como *Sab* y *Dos mujeres*, dramas como *Saul* y *Baltasar*, y comedias como *La hija de las flores*.

Viuda de D. Pedro Sabater, contrajo segundas nupcias con el coronel de artillería D. Domingo Verdugo; para convalecer éste de una herida alevosa que recibió en 1858, le acompañó Tula en sus viajes, y aún recuerda Barcelona las ovaciones que dispensó á la insigne escritora cubana: serenatas, coronas, versos, flores!... ¡Hé aquí el triunfo del genio!

En 1859 volvió *La Peregrina* á la isla de Cuba; después de veinte y tres años de ausencia, pisó el suelo natal, donde la coronó el pueblo en el Liceo de la Habana el 27 de Enero de 1860, pudiendo asegurar los que fuimos testigos de aquella solemne fiesta que nunca se premió al talento con mayor espontaneidad, que nunca se le ha glorificado con mayor entusiasmo.

Y la escritora laureada ya no existe! El día 2 de Febrero, un momento antes de esconder en la tierra su cadáver, contempló aquellos ojos inmóviles, aquellos labios contraídos por la implacable muerte; por su ancha frente, que revelaba el *quid divinum* que allí se había aposentado, me pareció ver que vagaba el genio de la poesía, murmurando estos versos que ella había escrito para Heredia, el gran cantor del Niágara:

«No más, no más lamente  
Destino tan nuestra ternura ciega,  
Ni la importuna queja al cielo suba....  
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,  
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;  
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,  
Dejando un rastro fulgido su paso!»

Madrid, 5 de Febrero de 1873.

TEODORO GUERRERO.

## UNA LÁGRIMA.

Mil veces vi tus límpidas pupilas  
Del pesar por las sombras anubladas,  
Y lágrimas copiosas hilo á hilo  
Cae de tus pestañas.  
Mil veces te oí decir entre sollozos:  
¡Qué desgraciada soy, qué desgraciada!  
Y en tanto, contemplaba sonriendo  
Tus pasajeras lágrimas.  
Ayer, sobre tu pálida mejilla  
Vieron rodar mis ojos una lágrima;

¡Una sola! y tus labios contraídos  
Ni una queja exhalabas.  
Y esa lágrima triste y silenciosa,  
Más elocuente cuanto más callada,  
Me hizo llorar, ¡porque era la primera  
Que brotaba del alma!

L. SIPOS.

## LA NOVELA DE UN JÓVEN RICO.

(CONTINUACION.)

## III.

DONDE SE VE QUÉ JOAQUÍN ERA UN JÓVEN SENSIBLE.

Joaquín llegó á la capital de España una mañanita temprano por el ferro-carril del Mediodía, y apenás hubo puesto el pie en el andén se le puso delante un caballero como de cincuenta años, de aspecto simpático y gallardo continente, que le dijo, saludándole con exquisita cortesía:

—Es el hijo de doña Mercedes Angulo y Tres Castillos á quien tengo el honor de saludar?....

—El honor es mío, se apresuró á decir el joven andaluz, en quien hizo la mejor impresión la presencia del desconocido.—Pero, continuó, ¡cómo sabe V. quien soy yo sin haberme visto hasta ahora?...

—Amigo mío, es verdad que hasta este momento no he tenido el honor de hablar á V., pero hace días que le conozco por una excelente fotografía que su señora madre ha enviado á mi hermana política la respetable señora doña Salvadora de Lafuente.

—Ah! Ya comprendo; viene V. á recibirme en nombre de esa buena señora.

—Exactamente, y á acompañar á V. á su casa, donde tiene V. dispuesta su habitación, según lo convenido entre las dos señoras.

—Sí; mamá me ha hecho grandes encomios de doña Salvadora, y deseaba que me hospedase en su casa.

—Mi hermana política es realmente apreciabilísima persona, pero dudo... en fin, ahora no es ocasión de que hablemos de eso. Usted tendrá deseado de reposar y no debo yo retardar un momento la satisfacción de tan natural deseo. Déme V. el talón de su equipaje y se lo daremos á mi criado que espera fuera y se encargará de que sea llevado á casa.

Joaquín y el hermano político de doña Salvadora salieron del andén, y después de dar sus instrucciones al criado del último, montaron en una bonita victoria que les condujo en pocos minutos á la calle de Serrano, en el barrio de Salamanca, donde vivía en una casa de nueva construcción la amiga de doña Mercedes.

Doña Salvadora no se había levantado todavía.

Don Facundo, que así se llamaba el cumplido caballero que había recibido en la estación á Joaquín, condujo á éste al cuarto que se le había destinado.

La habitación era preciosa y alegre, con un balcón desde donde se veía gran extensión de campo y también gran parte de la ciudad, el Retiro, la calle de Alcalá, los Circos de Recoletos, el paseo del Prado, los palacios de la Castellana. El mueblaje era del mejor gusto, y no faltaba nada de lo que corresponde á la habitación de un soltero rico. Mesa de despacho, estante de libros, papelera, armario de espejo, butacas, un piano, una mecedora, un bonito atril para leer; en el testero, artísticamente colocadas, espadas de combate, dos pistolas, floretes, manoplas, una espingarda, sirviendo todo esto de dosel á un magnífico retrato en el que fijó su atención el huésped.

—Le agrada á V. ese retrato?... preguntó D. Facundo al joven.

—Oh! sí; es un gallardo joven, de noble y simpática fisonomía. Debe tener un corazón generoso y gran inteligencia.

—Tenía, sí señor, tenia todas las cualidades de un hombre superior.

—Pues no existe?...

—No señor, no existe.

—Ah! ya comprendo; mi madre me habló mucho de este joven tan digno de mejor suerte. Este era el hijo de mi señora doña Salvadora...

—Su madre no se consolará nunca de su desgracia. Este pobre joven murió cuando más le soureia la vida, cuando había adquirido un gran caudal de ciencia, cuando era la honra y la alegría de su casa. Y ahora me permitiré llamar la atención de V. sobre un detalle que le probará cuánto aprecia mi hermana á su señora madre de V. Esta habitación que se halla como estaba el dia que en esa alcoba spiró el pobre Rafael, ha querido la desventurada madre que la ocupe el hijo de su predilecta amiga.

—Es una distinción que agradezco sobremanera; es

muy honroso para mí ocupar una habitación llena de recuerdos de quien fué tan digno y tan inteligente.

—Aquí tiene V. los libros, los papeles de Rafael, sus cuadernos de estudio, las obras musicales que más apreciaba, su álbum de retratos... Todo esto lo confia al cuidado de V. la madre sin ventura. Y ahora descanse V. hasta la hora de almorzar. Mi hermana almuerza á las doce, V. podrá hacerlo á la hora que le parezca. Esta tarde, si V. no tiene persona más estimada y digna de su amistad que le enseñe la villa y corte, podremos salir juntos.

—Oh! sí, con mucho gusto. No conozco á nadie en Madrid, y aunque conociera, creo que no podría encontrar mejor compañía que la de persona tan distinguida como V.

—Poco á poco; no vaya V. á formar buen juicio de mí, porque esto le proporcionará un notable desengaño. Cuando V. oiga hablar de mí sabrá horrores. De nadie se habla en Madrid tan mal como de quien tiene el honor de saludarle y besarle la mano, ofreciéndole su amistad y sus servicios.

Y saludando á Joaquín con una elegante cortesía y un afectuoso apretón de manos, salió D. Facundo de la habitación, dejando solo al recién venido.

Cansadillo estaba del viaje el hijo de doña Mercedes, y el limpio y elegante lecho convidió á reposar, pero más lo seducía la contemplación del panorama que se distinguía desde el balcón. Joaquín estuvo más de una hora absorto viendo la ciudad, la famosa villa de Madrid que tanto había deseado ver, donde entraba con tantas esperanzas, con tantas ilusiones. De buenísima gana se hubiera echado á la calle á verlo todo, á dar una vuelta por la Puerta del Sol, á contemplar la soberbia fachada del Congreso de los diputados, donde él esperaba entrar un día á representar á sus conocidos de Osuna, y sobre todo á ver las mujeres de Madrid, de las que había oido hablar con gran encomio al médico D. Martín Benítez, uno de los hombres más aficionados á las hijas de Adán, pero salir en aquel momento hubiese parecido á doña Salvadora y á D. Facundo notoria intemperancia, y Joaquín no quería pasar por ligero y aturdido.

De pronto se nubló el animado semblante del gallardo joven. Del portal de la casa inmediata salían cuatro hombres llevando un ataúd, y este espectáculo, tan frecuente en todas partes donde hay vivos, le impresionó profundamente. Entró en el salón, se tendió en la butaca, y fijó la vista instintivamente en el retrato del hijo de doña Salvadora. El retrato miraba fijamente á Joaquín y parecía sonreírle.

Joaquín era cristiano, y por consiguiente no tenía nada de supersticioso, pero no pudo menos de sentir cierta impresión triste.

—La muerte, exclamó, es lo primero que veo en Madrid. ¡Pobre joven! También él tendría las mismas esperanzas, las mismas ilusiones que yo, y en un momento acabó todo para él. ¡Qué hermosa fisonomía la de ese desgraciado! Debe ser un joven generoso, hidalgo, valiente, franco y leal en la amistad, ardiente y apasionado en el amor... ¡De qué moriría ese infeliz?... Su rostro parece el de un hombre lleno de salud, sus ojos están rebosando vida... ¡Pobre joven! Cuánto le hubiese querido yo si hubiera sido mi amigo, pero más vale que no le haya conocido, porque su muerte me habría causado un gran pesar. ¡Qué es esto?... ¡una lágrima? Una lágrima á la memoria de una persona á quien no conoció nunca. ¡Qué abrazo me pierdo con que no esté aquí mi querida madre!... También ella hubiera llorado.

Cuando D. Facundo vino á dar un golpecito en la puerta para avisar á Joaquín de que el almuerzo estaba servido, el hijo de doña Mercedes, sin haber dormido un momento, estaba ya completamente vestido de limpio y en disposición de presentarse á la señora doña Salvadora, á quien tenía grandes deseos de conocer.

Don Facundo condujo al comedor á Joaquín con asombro de éste que entendía que debía ser antes presentado á la dueña de la casa.

—Mi hermana, dijo D. Facundo, no almuerza con nosotros porque está indispuesta. Su salud es muy delicada y estas indisposiciones son en ella frecuentes. El médico opina que no debe levantarse hoy. Sin embargo, aunque está en el lecho, recibirá á V. más tarde.

—Es desgracia mía verme privado de ofrecer mis respetos á esa digna señora, y deploro sinceramente el motivo.

—No será cosa de cuidado, amigo mío.

—Así lo deseó ardientemente.

—El almuerzo nos espera. Almorzaremos y charlaremos como dos buenos amigos.

Joaquín estuvo encantado oyendo á D. Facundo. Su conversación era amenísima, su instrucción profunda, y trataba todos los asuntos con singular buen sentido.

Conocía á todos los personajes políticos más notables, y en poquissimas, discretas y gráficas palabras

hacia el juicio acertadísimo de cada uno. Él era escéptico en política; no tenía fe en ningún partido ni en hombre alguno de los encargados de hacer feliz a la cada vez más desventurada patria.

Hablaban de bellas artes con gran aplomo, como quien tiene grandes conocimientos, y a juzgar por los detalles que daba de varios países de Europa y América, había recorrido una gran parte del mundo.

(Se continuará.)

CÁRLOS FRONTAURA.

### ANTONIO SELVA.

De cuantos artistas se han expuesto en estos últimos tiempos al juicio público en el teatro de la Ópera de Madrid, ninguno indudablemente ha logrado reunir, como el eminentíssimo cantante cuyo nombre encabeza este artículo, esa preciosa unanimidad de sufragios favorables y entusiastas, que son el más glorioso galardón de las inteligencias privilegiadas.

Hoy más que otras veces sentimos en nuestro ánimo la terrible presión que en él ejerce el íntimo convencimiento de nuestra pequeñez, de nuestra ignorancia al emprender una tarea agradable, sí, agradable en extremo, pero que tenemos derecho a conceptual de indigna tratándose de un artista cuya apología han hecho con elocuencia sin igual cuantos públicos han tenido la fortuna de admirarle.

Sea éste nuestro modesto trabajo un respetuoso testimonio de consideración y cariño hacia un cantante que conserva en toda su pureza y vigor las magníficas tradiciones del verdadero arte y sea también a la par débil muestra del atrevimiento de la ignorancia cuando ésta se halla secundada por el entusiasmo hacia todo lo que es bello, hacia todo lo que es grande.

Excusenos, pues, nuestro entusiasmo ya que no podemos ofrecer, para llevar a cabo debidamente este trabajo, las dotes literarias y críticas que otros, en mayor grado que nosotros, poseen.

Los curiosos e interesantes detalles que encierra la vida de Selva nos obligan a dividir esta biografía en dos capítulos distintos. El primero será una narración de los hechos y accidentes variados que llenan la carrera del cantante. En el segundo tratarémos de presentar a nuestros lectores una fotografía artística de Selva, desapasionada e imparcial, examinándole y juzgándole en la interpretación de los principales personajes que tan justa fama le ha proporcionado.

### I.

Antonio Selva nació en Padua el año 1825. Después de haber estudiado durante su infancia todos los ramos de la instrucción primaria, sus padres quisieron dedicarle a diversas carreras, desistiendo, al fin, de este intento al ver la inclinación que para el arte manifestaba el adolescente. En efecto, Selva emprendió con juvenil ardor el estudio de la música, y los resultados fueron tan excelentes que, previos dos años de solfeo y vocalización, fué admitido como contratista en la gran cantoría de San Antonio de Padua. Una vez relacionando con los cantores, Selva consiguió ser recibido de corista del teatro de Padua, donde no tardó en encontrar quien le contratará por algunos años. Su primer paso decisivo en la carrera del arte se debió a una circunstancia fortuita y curiosa en extremo.

Cantábase una noche en el teatro de Treviso el *Nabucodonosor* de Verdi. Llegado el concertante del acto segundo, dispararon con tan mal acierto el rayo, que no contento éste con descoronar a *Nabuc*, hubo de lesionar gravemente la cabeza del desdichado monarca. Herido el rey de Babilonia, suspendióse la representación, y el empresario salió inmediatamente para Venecia con el objeto de hallar un cantante que reemplazara al pobre lesionado.

Selva estaba entonces en la que fué reina del Adriático. Oyóle el empresario, y prendado de la hermosa y poderosa voz del joven cantante contratóle en seguida, obligándole a salir a las pocas horas para Treviso. Llegan a esta ciudad los dos viajeros y se dirigen al teatro donde Selva encuentra a todos los profesores de orquesta, al director y a la Presidencia (1) esperándole para ensayar el papel de *Zaccaria* en el *Nabuc*.

La Presidencia, que ve llegar a un joven imberbe y algo escuálido, protesta energíicamente contra la elec-

ción hecha por el empresario y se niega resueltamente a oír a Selva, por juzgar su edad (tenía 18 años) y figura impropias para sostener dignamente la majestad y fuerza vocal que requiere el papel de *Zaccaria*. Ajeno por completo a este incidente, Selva, con su maleta en la mano, se entretiene en conversar amigablemente con algunos coristas, hasta que la Presidencia, vencida por las súplicas del empresario, se resigna a oír de mala gana al novel cantante.

Deja Selva la maleta, se avanza a la escena y ataca con admirable maestría y potencia de voz el recitativo de la introducción a *Sperate, oh figli!* No bien hubo terminado el recitado, cuando la orquesta se levantó en masa prorumpiendo en exclamaciones de entusiasmo, y la Presidencia, convencida de su error, abrazó con efusión al joven artista, prodigándole todos los mayores elogios.

Las representaciones del *Nabuc* fueron para Selva una serie de ovaciones frenéticas que le captaron las simpatías de todo el público de Treviso.

En 1844, durante la cuaresma, pasó Selva al teatro de San Samuel de Venecia, donde debió a una circunstancia casual también la elevación de su fama y su verdadera entrada en la senda del arte lírico-dramático.

En ocasión de un banquete que gran número de admiradores de Verdi ofrecieron al célebre maestro italiano, presentóse éste en el teatro de San Samuel, seguido de sus amigos, dispuestos todos, más que a oír la ópera que se ejecutaba, a pasar un rato de buen humor después de la comida.

Se cantaba una ópera bufa titulada, *El Diablo condenado a casarse*, en la que Selva representaba el papel de *Pluton*. Al oír a Selva, la alegría bulliciosa de Verdi se convirtió muy pronto en silenciosa atención.

Verdi volvió otra noche al teatro, y solo, en un palco, se dedicó a examinar detenidamente las condiciones artísticas de Selva. La maravillosa intuición del joven cantante y su hermosa voz fueron para Verdi una revelación. Inmediatamente tomó su resolución; vió a Selva, le felicitó, prometióle un brillantísimo porvenir, y encomendó a aquel talento naciente el personaje de Silva en el *Ernani*. Por influencias de Verdi dejó Selva el teatro de San Samuel y se trasladó al de la Fenice, el más importante de Venecia. Allí se estrenó *Ernani*, que obtuvo un éxito grandísimo y que constituyó para Selva un acontecimiento que llevó su nombre por todo el mundo musical.

Desde aquella fecha los más importantes teatros de Italia se disputaron el honor de poseer al ya célebre artista. La prensa agotó sus elogios en favor de Selva; comenzó para éste su verdadera carrera, y ya entonces se dedicó con creciente afán al perfeccionamiento de sus facultades artísticas:

Después de haber recorrido los teatros de Venecia, Padua, Udine, Trieste, Govizia, Rovigo y Milán, Selva fué contratado el año 1845 para el teatro del Liceo de Barcelona, donde fué objeto de las mayores ovaciones durante tres temporadas consecutivas. Allí conoció al gran Salvatori, que prendado de las grandes condiciones que demostraba tener Selva, se propuso iniciarle en los grandes secretos del arte, objeto que consiguió cumplidamente merced al instinto maravilloso de su joven discípulo. Al gran artista Salvatori debió, pues, Selva mucha parte de sus adelantos en la carrera.

Aun no había terminado el tercer año de su ajuste en Barcelona, cuando llega a oídos de Selva la noticia de hallarse Italia en armas contra los *tedeschí*. Abandona inmediatamente el teatro, emprende el viaje a Florencia, traslándose desde allí a Padua y abraza a sus padres. Una vez en su patria nativa, hace servicio como voluntario y tiene que huir a Venecia, a consecuencia de la rendición del baluarte de Vicenza, donde él hubo de encontrarse.

Durante el período revolucionario, Selva no se da un momento de descanso. Sirve tres meses en los fuertes de Lido, en Venecia; se embarca de allí para Ravenna, pasa a Florencia, donde se halla Guerazzi al frente del Gobierno, y se bate en las calles contra las tropas enemigas. Contratado para Pisa en 1848, se traslada un día a Liorna, planta en la gran plaza el árbol de la Libertad, y vuelve por la noche a Pisa para cantar en el teatro. En fin, después de entusiasmar a los pisanos en el *Attila*, *Puritani* y *Marino Faliero*, y después de haber armado una revolución en la ciudad proclamando la república, con más entusiasmo que éxito, Selva, terminados sus compromisos con Pisa, fué llamado a Nápoles, donde debutó con el *Moisés* y estrenó la *Luisa Miller*, escrita por Verdi expresamente para Selva.

Durante el otoño de 1852, después de haber cantado tres años en Nápoles y Palermo, se oyó por primera vez a Selva en Madrid. El efecto que el gran artista produjo en los madrileños, fué magnífico, y desde entonces lo hemos tenido frecuentemente en nuestro te-

atro, donde hoy excita gritos de entusiasmo cada vez que toma parte en óperas de su repertorio.

Desde el año 1852, hasta el actual de 1873, Selva ha recorrido los principales teatros de España, tales como Barcelona, Sevilla, Cádiz y Jerez, y ha cantado siempre con éxito inmenso en París, Moscú y Constantinopla.

Por lo que habrán podido ver nuestros lectores, en el ligero relato que antecede, la carrera de Selva ha sido una serie no interrumpida de ovaciones. En la vida artística del gran cantante, las intrigas, las pequeñas miserias, tan frecuentes en el teatro, no hicieron jamás mella alguna.

Una sola intriga, preparada con la mayor maldad en Moscú, pudo haberle costado un retroceso en su carrera; pero no fué así. Aquella intriga (hablarémos de ella en el próximo artículo) produjo al arte una de las mejores figuras de Selva: el Leporello del *Don Juan*.

Selva contrajo matrimonio con la distinguida cantante Sra. Peruzzi, y tiene de ella tres hijos que residen en Padua y terminan en la actualidad sus estudios. Cuenta hoy cuarenta y ocho años de edad, y se halla perfectamente conservado y robusto, a pesar de sus incansables fatigas, como pueden juzgar nuestros lectores por su retrato grabado en otro lugar.

(Se continuará.)

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

### LO ESCRITO DE LAS MUJERES.

(CONTINUACIÓN.)

### IV.

Llegamos por fin al advenimiento del cristianismo. Esta revolución sin ejemplo en los anales de la humanidad, vino a regenerar a la mujer, la colocó en el verdadero lugar que la destinó la naturaleza, e imponiendo leyes severas, tanto a ellas como a las costumbres, estrechó los lazos de los matrimonios, hizo sagrado el vínculo que los unía (2) y puso los contratos de los esposos bajo la custodia del mismo Dios.

Completa fué la victoria del cristianismo en el degradado Oriente, y más completo aún en el norte de Europa, donde el enérgico pueblo germano, que tenía ya gran respeto al sexo femenino, acogió con entusiasmo la sublime doctrina de Jesucristo: siguieron su ejemplo los demás pueblos, comenzó la emancipación de la mujer, y de aquí parte su condición actual en los países en que ha penetrado la luz del Evangelio. La civilización, partiendo de esta base, ha realzado al débil a la par del fuerte, ha patentizado la igualdad de los dos sexos, y ha mejorado la condición de esa hermosa mitad del género humano de tal modo que, como dice un autor moderno, «si nuestras madres y nuestras hijas no fuesen cristianas por creencia, debieran serlo por gratitud al Crucificado.»

Cambio tan radical en las ideas debió producirse también en los escritos, y así fué en efecto: todos aquellos que tenían por motivo las mujeres, fueron austeros y puros como ellas, y casi todos los doctores, oradores y santos de esta primera época de la Iglesia enaltecieron a porfía a las mujeres cristianas (3); pero el que lo hizo con más celo y elocuencia fué San Jerónimo, quien habiendo nacido con un alma fogosa, pasó los ochenta años de su vida en escribir, en combatirse y vencerse. Este santo tuvo en Roma por discípulas a muchas mujeres ilustres, y cercado por la hermosura supo evitar las flaquesas, ya que no pudo libertarse de las calumrias: dejó finalmente el mundo, las mujeres y a sí mismo, pero aunque se retiró a Palestina no dejó de verse perseguido en la soledad del desierto, donde aún resonaba para él el tumulto de la bulliciosa Roma. Tal fué en el siglo IV el carácter del más elocuente panegirista de las mujeres cristianas.

Verificóse luego la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo fué introducido en casi todas partes por las mujeres: colocadas en el trono atrajeron a sus maridos a la verdadera religión, y de esta manera recibie-

(2) Bueno es notar que la esencia del matrimonio instituido por Dios es el contrato religioso hoy que se da como un adelanto al matrimonio civil; prueba de ello es que ya este género de contrato fué conocido por los griegos, que admitieron al fin como base de él la unión de un hombre con una sola mujer, y por los romanos, que hacían el vínculo conyugal indisoluble; sin embargo, sólo al cristianismo y al matrimonio cristiano debió la mujer sus derechos, sus deberes y su elevación moral.

(3) Digo casi todos, porque San Pablo, algo severo en punto a las mujeres, las recuerda frecuentemente su sujeción al hombre, dice que deben tenerle el mismo respeto que el hombre a Dios, las reprende severamente que hablen en la iglesia, y prohíbe que mezclen su voz con la de los sacerdotes al entonar alabanzas al Señor.

(1) Jurado compuesto generalmente de tres individuos cuya misión es examinar las condiciones de los artistas contratados por el empresario y vigilar por el buen orden de los espectáculos. Este jurado es nombrado por el Gobierno cuando el teatro pertenece al Estado, y por los particulares en caso contrario.

ron el Evangelio Francia, Inglaterra, gran parte de Alemania, Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, Rusia y Persia durante cierto tiempo; por su mediación renunciaron al arrianismo así los bárbaros de España como los de Lombardia, y esto contribuyó a elevar el gran concepto que, como ya hemos dicho, tenían aquellos pueblos de las mujeres (1).

La religión, pues, había emancipado de la dependencia del hombre a su dulce compañera, objeto entre los gentiles de un culto material; fué en los siglos medios mejorando su suerte a la vez que mejoraba el estado social, y al fin nació la caballería andante, mezcla de galantería, de generosidad y de valor que impregnada de un tinte religioso transformaba en héroes a los hombres y comunicaba a las mujeres una majestuosa arrogancia que en nada perjudicaba a su virtud. Tal era el espíritu de aquella institución extraña, la cual produjo, como todos saben, un sin fin de libros en favor de las mujeres. Todo se las dedicaba entonces: ellas presidían las cortes de amor, su nombre era invocado en los campos de Marte, y por su mano recibían el premio de su destreza los vencedores en los torneos: no se ceñía la espada ni se tomaba la pluma, sino por ellas y para ellas, y los versos de los trovadores, el soneto italiano y el romance español (2) eran otros tantos monumentos erigidos en gloria suya.

Domino por largo tiempo la caballería andante haciendo gran bien a la mujer y a la sociedad, pero habiendo



MADRID.—Signor Antonio Selva, primer bajo profundo en el teatro de la Ópera.

(1) La idea de que la divinidad se comunica más fácilmente a las mujeres que a los hombres, fué muy común en la antigüedad. Tuviéronlos los germanos, los bretones y los escandinavos: las mujeres eran los oráculos entre los griegos; los romanos tuvieron gran respeto a las sibillas, y los hebreos mismos no dejaron de dar crédito a las pitonisas. Las predicciones de las mujeres egipcias, ascendientes de nuestras gitanas, eran muy bien recibidas por los emperadores de Roma; y en fin, todo lo que tiene algún viso de sobrenatural entre la mayor parte de los salvajes, como la medicina, la magia y las ceremonias religiosas, reside en las mujeres: sólo el cristianismo las prohibió las funciones sacerdotales, y Mahoma las excluyó de su paraíso, no obstante de que en él concede lugar al carnero que reemplazó al hijo de Abraham en el momento en que iba a ser sacrificado, a la ballena que tragó a Jonás, a la hormiga que Salomon en sus proverbios propone al hombre por modelo, y al papagayo de la Reina de Sabá.

(2) Aunque quizás sea de época posterior el romance anónimo que a continuación insertamos, está tan en las costumbres y modo de pensar de la que arriba describimos que no podemos menos de insertarlo, pues es además una brillante defensa de las mujeres y está admirablemente escrito.

Este conde Cabruel  
Con el rey como a la mesa,  
¡Oh cuán mal que se abandona  
De toda mujer ajena!  
Apuesta que no hay ninguna,  
(Ved cuán mal pensada apuesta!)  
Si lo escucha dos razones,  
Que de amores no la venza:  
Como el amor arrevidas,  
Como la fortuna ciegas,  
Como el honor peligrosas,  
Como la mentira inciertas....  
Así jura que son todas;  
Falsa jura! ¡Injusta tema!....  
La reina que tal le escucha  
Dijo suñida tal respuesta:  
—No es posible todas malas  
Ni es posible todas buenas,  
Hierbas hay que dan la vida,  
Y quitan la vida hierbas,  
Traidores hombres del mundo  
Han hecho traidoras señoras,  
De ellos aprendieron culpas  
Si culpas cometían ellas.  
Ellas hablan, ellas oyen,  
Y de mentiras discretas  
Dichas hoy, dichas mañana,  
¿Quién habrá que se defienda?  
Favorecidos se alistan,  
Desfiaman si los desprecian,  
La que los escucha es fácil,  
La que no les habla es necia;  
Cuntas nacen, cuantas viven  
Por agüero de su estrella,  
Al que ménos las merece  
Se inclinan con mayor fuerza.  
Muchas quejas, muchos dones,  
¡Qué mucho que a muchas preñan  
Ejemplo es la piedad dura.  
Que agua continua la mella,  
Emendadas, moro conde,  
Y de hoy más las damas sean  
Vuestro honor, no vuestro ultraje;  
Vuestra paz, no vuestra guerra.  
Levantad la parte humilde,  
Que es hazaña de alta empresa:  
Todos de mujer machos,  
Volvamos todos por ellas.

decaido el noble espíritu que en un principio la guibba (3), comenzaron a ponerse en ridículo la inquietud manía de ir en busca de aventuras, y los juramentos de eterno amor prodigados a todas las hermosas. Entonces se observó que al salir de aquellos tiempos en que muchas mujeres habían disputado a los hombres el premio del valor, querían a su vez probar que si el valor no las faltaba, tampoco cedían al hombre en discreción y entendimiento; las letras sucedían a las armas, y el bello sexo siguiendo ese movimiento intelectual se dedicó al estudio de las ciencias; vióse pues a las mujeres predicar y tratar puntos de controversia, defender conclusiones públicamente, ocupar cátedras de filosofía y de derecho, arengar en latín a los papas, escribir en griego, aprender el hebreo, y mostrarse poetas y hasta teólogas (3); el impulso religioso pues que las había hecho sucesivamente mártires, apóstoles y guerreras, terminó haciéndolas teólogas y sábias.

Consecuencia forzosa de todo esto era que los hombres las dedicasen su pluma, como antes las habían ofrecido su espada, y Boccacio en Italia dió el ejemplo de este justo homenaje: este autor compuso una obra latina titulada, *De las mujeres ilustres*, en la cual recorre la fábula, la historia griega, la romana y la sagrada, pero, panegirista sin reserva de las mujeres, se revuelve contra las viudas cristianas que vuelven a casarse: trata este punto con tanta viveza como elocuencia, y es digna de notarse la cita que hace del *Decameron* de San Pablo, comentándolo a una joven viuda que se excusa

(3) Se pueden distinguir en la historia de la caballería andante tres épocas, una heroica y ruda, otra galante y cortés, y la última artificial, en que todo el entusiasmo era imitación, la cual dió lugar a la inmortal novela de Cervantes.

(4) Muchas mujeres podríamos citar en corroboración de nuestro aserto, pero limitándonos a España mencionaremos sólo a la célebre Beatriz Galindo (a) La Latina; a Isabel de Joya y Roseres, que predicó en la catedral de Barcelona y fué a Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió a muchos judíos con su elocuencia y comentó con aplauso a Juan Scoto en presencia del Papa y de los cardenales; a Isabel de Córdoba, que poseía el latín, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su bondad, por sus virtudes y sus riquezas, tomó el grado de doctor en derecho y en teología, y a Juana Meneses, muy ejercitada en las lenguas italiana y francesa y más en la poesía, pues escribió infinidad de obras, entre ellas una comedia titulada, *Divino imperio de amor*, dos especies de autos sacramentales, varios versos en portugués, francés e italiano, y un libro curiosísimo titulado, *El triunfo de las mujeres*. Juliania Murell, natural de Barcelona, hablaba seis lenguas a los doce años, y a los catorce fué graduada de doctor en Aviñón. Luisa Sigea de Toledo escribió una carta al Papa en cinco lenguas, compuso varios tratados de poesía, treinta y tres epístolas latinas y un poema titulado, *Cintra*. En cuanto a Santa Teresa de Jesús, todos sabemos lo que llegó a merecer por sus talentos y sus virtudes.

con su edad, y poniéndola por norma á Dido, viuda de Virgilio: parece mentira que en un trozo en que van mezclados de tal manera lo sagrado con lo profano, se explique un autor con la moral más austera y seduzca el ánimo con un género de disertación tan serio en la forma y tan satírico en el fondo.

(Se continuará.)

MANUEL VALCÁRCEL.

La sociedad foto-típográfica católica ha comenzado a publicar, bajo la dirección del Dr. D. Vicente de la Fuente, la *Vida de Santa Teresa de Jesús*, escrita por la misma insigne doctora, conforme al original autógrafo que se conserva en el monasterio del Escorial.

A la vista tenemos el prospecto y entrega primera, y justo será tributar un elogio a la sociedad que publica una obra tan señalada, y a los artistas, Sres. Selfa y Fernández de la Torre, que reproducen con tanta exactitud el texto original hasta el punto de crecerse que se está viendo el manuscrito que legó la Santa.

A esta obra, que no faltará seguramente en la biblioteca de los hombres de gusto, se suscribirá: en las librerías de Aguado, López, Olamendi y Tejado, y en la administración de la misma (Claudio Coello, 16, 3º izquierdo).—Cada entrega, de 16 páginas de texto impreso y otras 16 de autógrafo, cuesta 15 reales, y toda la obra tendrá 25 entregas.

El día 22 de Abril del presente año se celebrará en la Habana el sorteo de una lotería extraordinaria, cuyo prospecto oficial es el siguiente:

ADMINISTRACION GENERAL DE LOTERIAS.

ANUNCIO AL PÚBLICO.

Plan de premios para el sorteo núm. 902 que ha de celebrarse el día 22 de Abril de 1873, el cual ha de componerse de 16,000 billetes, al precio de 100 pesos, ó sean 500 pesetas uno.

PREMIOS.	PESETAS.	PESETAS.
1 de . . . . .	500.000	2.500.000
1 de . . . . .	100.000	500.000
1 de . . . . .	50.000	250.000
2 de 25.000. . . . .	50.000	250.000
4 de 10.000. . . . .	40.000	200.000
10 de 5.000. . . . .	50.000	250.000
469 de 500. . . . .	234.500	1.772.500
Reintegros de 100 pesos, ó sean 500 pesetas para los 1.599 números cuya terminación en la última cifra sea igual a la del que obtenga el premio mayor.	159.900	799.500
2 Aproximaciones de 5.000 pesos, ó sean 25.000 pesetas cada una para los números anteriores ó posteriores al que obtenga el premio mayor.	10.000	50.000
2 Aproximaciones de 1.000 pesos, ó sean 5.000 pesetas cada una para los números anteriores ó posteriores al del segundo premio.	2.000	10.000
2 Aproximaciones de 800 pesos, ó sean 4.000 pesetas cada una para los números anteriores ó posteriores al tercer premio.	1.600	8.000
2 Aproximaciones de 500 pesos, ó sean 2.500 pesetas para cada uno de los números anteriores y posteriores a los que obtengan los dos premios de 25.000 pesos.	2.000	10.00
2.097 premios.	1.200.000	6.000.000

Habana, 2 de Febrero de 1873.

El Administrador Central,  
ADOLFO GASSET,

La Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA proporcionará a cuantas personas lo soliciten billetes de la expresa lotería sin recargo alguno de precio, para lo cual bastará dirigir el pedido al Administrador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, Carretas, 12, principal, Madrid. Las remesas de los billetes ó décimos a provincias se hará bajo certificado.

Los premios que obtengan los billetes adquiridos en la Administración de LA ILUSTRACION serán pagados en la misma, previo ajuste convencional.

La primera expedición de billetes ha debido ser hecha desde la Habana el día 15 del corriente, y por consecuencia deben hallarse en Madrid del 4 al 5 de Marzo.

Dirigirse al Administrador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, Carretas, 12, principal, Madrid.

MADRID, 1873.—Imprenta de M. RIVADENEYRA.